

**Laberintos urbanos
en América Latina**

David Jiménez
(*Compilador*)

**Laberintos urbanos
en América Latina**

Serie
Pluriminor
ABYA-YALA
2000

Laberintos urbanos en América Latina

Compilación: David Jiménez H.

Edición: Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 562633 - 506247
Fax: (593-2) 506 255
editorial@abyayala.org
<http://www.abyayala.org>
Quito-Ecuador

Serie: Pluriminor

Autoedición: Abya-Yala editing
Quito, Ecuador

Impresión: DocuTech
Quito, Ecuador

ISBN: 9978-

Impreso en Ecuador, 2000

INDICE

Presentación.....	7
1. Ciudadanía y espacio público.....	9
Jordi Borja	
2. La ciudad multicultural.....	35
Jordi Borja y Manuel Castells	
3. Ciudad, democracia y gobernanza en América Latina.....	57
Alfredo Rodríguez y Lucy Winchester	
4. La urbe como espacio infeliz.....	81
Hernán Neira	
5. Comunicación, vida cotidiana e identidades urbanas en San Luis Potosí, en tiempos de globalización.....	105
Haydé García Bravo	

Presentación

1

Ciudadanía y espacio público

Jordi Borja

La agorafobia urbana

Aunque a los urbanitas-cívicos nos complazca recordar aquello de que “el aire de la ciudad nos hace libres”, la realidad urbana actual más bien nos lleva a citar lo de “malos tiempos para la lírica”. Ya no es original titular el “the hell is in the city” (el infierno está en la ciudad) o la *ville partout, partout en crise* (la ciudad en todas partes, en todas partes en crisis), como hicieron *The Economist* y *Le Monde diplomatique* hace algunos años. Todos lo hacen. Las prácticas sociales parecen indicar que la salida es hacerse un refugio, protegerse del aire urbano no sólo porque está contaminado sino porque el espacio abierto a los vientos es peligroso. En las grandes ciudades se imponen los *shopping centers* con “reservado el derecho de admisión” y los ghettos residenciales cuyas calles de acceso han perdido su carácter público en manos de policías privados.

Hay un temor al espacio público. No es un espacio protector ni protegido. En unos casos no ha sido pensado para dar seguridad sino para ciertas funciones como circular o estacionar, o es sencillamente un espacio residual entre edificios y vías. En otros casos ha sido ocupado por las “clases peligrosas” de la sociedad: inmigrantes, pobres o marginados. Porque la agorafobia es una enfermedad de clase de la que parecen exentos aquellos que viven la ciudad como una oportunidad de supervivencia. Aunque muchas veces sean las principales vícti-

mas, no pueden permitirse prescindir del espacio público.

Nuevamente, como en todos los momentos históricos de cambios sociales y culturales acelerados, se diagnostica la “muerte de la ciudad”. Es un tópico recurrente. Unos ponen el acento en la tribalización. Las “hordas” están en las puertas de la ciudad (por ej. “grandes ensembles” conflictivos), pero también en su corazón, en los centros históricos degradados.

Kingali, la capital ruandesa, compartimentada por tribus que se odiaban, no sería un fenómeno primitivo solamente. También, una prefiguración de pesadilla de nuestro futuro urbano. Un futuro ya presente en Argel, Istanbul o El Cairo, con ejércitos protegiendo los barrios “civilizados” frente a la “barbarie” popular.

Otros, más optimistas, nos dicen que la ciudad moderna es otra ciudad, la que se puede observar en los límites de la ciudad actual, en sus periferias suburbanas, en sus entradas. La Edge City (USA), o la exposición “Les entrées de la ville”(París), el auge de las teorías del caos urbano, expresan esta mitificación de la ciudad “desurbanizada” o de la urbanización sin ciudad. Entendiendo por ciudad este producto físico, político y cultural complejo, europeo y mediterráneo, pero también americano y asiático, que hemos caracterizado en nuestra ideología y en nuestros valores como concentración de población y de actividad, mixtura social y funcional, capacidad de autogobierno y ámbito de identificación simbólica y de participación cívica. Ciudad como encuentro, intercambio, ciudad igual a cultura y comercio. Ciudad de lugares y no simple espacio de flujos.

Si la agorafobia urbana es una enfermedad producida por la degradación o la desaparición de los lugares públicos integradores y protectores pero también abiertos a todos, la terapéutica y la alternativa parecen ser la instalación en los flujos y en los nuevos ghettos (resi-

denciales, centros comerciales, áreas de terciario, de excelencia, etc.) En esta nueva ciudad las infraestructuras de comunicación no crean centralidades ni lugares fuertes, más bien segmentan o fracturan el territorio y atomizan las relaciones sociales. Otra manifestación de agorafobia. Pero ¿es inevitable que sea así?

¿Es el fin de la ciudad que hemos conocido históricamente? ¿Son reversibles y reutilizables estos procesos?

Sobre la muerte de la ciudad y el punto de vista del espacio público

¿Ha muerto la ciudad? ¿Está en crisis? ¿La ciudad de la calle y de la plaza, del espacio público y cívico, la ciudad abierta, de mezclas y contactos es un residuo del pasado objeto de melancolía de urbanistas maduros?

Es fácil argumentar que la historia de las ciudades ha vivido cambios por lo menos tan aparatosos como los actuales. O más. Por ejemplo el tránsito de la ciudad amurallada a los ensanches modernos. O la ciudad metropolitana, con sus suburbios y su estructura política plurimunicipal, estimulada por el desarrollo del transporte masivo y del uso del automóvil. Incluso puede aducirse que estamos simplemente presenciando una nueva fase del crecimiento metropolitano.

Es inevitable dar la razón a los historiadores cuando critican el simplismo de reducir la historia urbana a tres grandes etapas o edades, la primera siendo la ciudad concentrada, separada de su entorno, la segunda la ciudad metropolitana (ciudad más periferia) y la tercera, la actual, la ciudad “a repensar” en la globalización.

Sin embargo, esta distinción que molesta a los historiadores es útil a los urbanistas. Porque les estimula a focalizar su atención en las nuevas dinámicas no como una maldición fatal o la expresión objetiva de la modernidad, sino como un desafío al que se puede responder

si por una parte descubrimos los elementos de continuidad posibles respecto al pasado, si por otra distinguimos lo necesario de lo excesivo o evitable en los nuevos procesos y si finalmente somos capaces de proponer nuevos modelos y proyectos que formulen respuestas integra-doras.

Creemos que un ángulo interesante para analizar las nuevas dinámicas urbanas y elaborar respuestas a los desafíos que nos planteamos es el del espacio público y el de la relación entre su configuración y el ejercicio de la ciudadanía, entendida como el estatuto que permite ejercer un conjunto de derechos y deberes cívicos, polí-ticos y sociales. El espacio público nos interesa princi-palmente por dos razones. En primer lugar porque es donde se manifiesta muchas veces con más fuerza la cri-sis de “ciudad” o de “urbanidad”. Por lo tanto parece que sea el punto sensible para actuar si se pretende impulsar políticas de “hacer ciudad en la ciudad”. Y en segundo lugar porque las nuevas realidades urbanas, especial-mente las que se dan en los márgenes de la ciudad exis-tente plantean unos retos novedosos al espacio público: la movilidad individual generalizada, la multiplicación y la especialización de las “nuevas centralidades” y la fuerza de las distancias que parecen imponerse a los in-ten-tos de dar continuidad formal y simbólica a los espa-cios públicos. Estamos convencidos que la dialéctica movi-lidades-centralidades es una cuestión clave del ur-banismo moderno. Y que la concepción de los espacios públicos es a su vez un factor decisivo, aunque no sea el único, en el tipo de respuesta que se da a la cuestión an-terior.

El espacio público y sus avatares en la modernidad

El espacio público es un concepto jurídico: espacio sometido a una regulación específica por parte de la Ad-

ministración pública, propietaria o que posee la facultad de dominio del suelo y que garantiza su accesibilidad a todos y fija las condiciones de su utilización y de instalación de actividades. El espacio público moderno proviene de la separación formal (legal) entre la propiedad privada urbana (expresada en el catastro y vinculada normalmente al derecho de edificar) y la propiedad pública (o dominio público por subrogación normativa o por adquisición de derecho mediante cesión) que normalmente supone reservar este suelo libre de construcciones (excepto equipamientos colectivos y servicios públicos) y cuyo destino son usos sociales característicos de la vida urbana (esparcimiento, actos colectivos, movilidad, actividades culturales y a veces comerciales, referentes simbólicos monumentales, etc.).

El espacio público también tiene una dimensión sociocultural. Es un lugar de relación y de identificación, de contacto entre las gentes, de animación urbana, a veces de expresión comunitaria. La dinámica propia de la ciudad y los comportamientos de sus gentes pueden crear espacios públicos que jurídicamente no lo son, o que no estaban previstos como tales, abiertos o cerrados, de paso o a los que hay que ir, Puede ser una fábrica o un depósito abandonados o un espacio intersticial entre edificaciones. Lo son casi siempre los accesos a estaciones y puntos intermodales de transporte y a veces reservas de suelo para una obra pública o de protección ecológica. En todos estos casos que defina la naturaleza del espacio público es el uso y no el estatuto jurídico.

El funcionalismo predominante en el urbanismo moderno descalificó pronto el espacio público al asignarle usos específicos. En unos casos se confundió con la vialidad, en otros se sometió a las necesidades del “orden público. En casos más afortunados se priorizó la monumentalidad, el “embellecimiento urbano”. O se vinculó a la actividad comercial y a veces cultural. Y en

casos menos afortunados se utilizó como mecanismo de segregación social, bien para excluir, bien para concentrar (por medio de la accesibilidad, de los precios, de la imagen social, etc.). En ocasiones el juridicismo burocrático ha llevado a considerar que el espacio público ideal es el que está prácticamente vacío, donde no se puede hacer nada. O que se lo protege tanto que no es usado por nadie (por ej. cuando con las mejores intenciones se peatonalizan todos los accesos, se prohíbe todo tipo de actividades o servicios comerciales, etc.).

El espacio público supone pues dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad. Se caracteriza físicamente por su accesibilidad, lo que le hace un factor de centralidad. La calidad del espacio público se podrá evaluar sobre todo por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por su fuerza mixturante de grupos y comportamientos y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración culturales. Por ello es conveniente que el espacio público tenga algunas calidades formales como la continuidad del diseño urbano y la facultad ordenadora del mismo, la generosidad de sus formas, de su imagen y de sus materiales y la adaptabilidad a usos diversos a través de los tiempos.

El urbanismo contemporáneo, heredero de movimiento moderno, fue reconstructor de ciudades después de la Segunda Guerra Mundial. Se focalizó en un funcionalismo eficientista, dotado de un instrumental separador más que integrador (el zoning, los modelos) acentuado por la compartimentación de las Administraciones públicas y de los cuerpos profesionales (por ej. Transportes/ingenieros sin otras visiones del desarrollo y del funcionamiento urbanos). El resultado ha sido casi siempre la aplicación de políticas sectoriales en lugar de promover actuaciones que articulen la diversidad y la complejidad de las demandas urbanas.

Entre las grandes operaciones de vivienda (cada operación destinada a un segmento social determinado) y la prioridad asignada casi siempre a la viabilidad como ordenamiento y como inversión, el espacio público pasó a ser un elemento residual.

El movimiento moderno en la primera mitad de siglo y las políticas públicas en la segunda mitad han configurado un urbanismo que se ha confundido con la vivienda y con las obras públicas (vías, puentes, accesos, etc., es decir, comunicaciones). El hacer ciudad como producto integral e integrador quedó olvidado y con ello el espacio público. O por lo menos relegado a un rol secundario.

Urbanismo funcionalista y reacciones ciudadanas

El urbanismo funcionalista ha tenido que pagar el precio de sus limitaciones y además el de los usos perversos que se han hecho de él. La combinación del monofuncionalismo de los programas y de sectorialización de las políticas públicas con las dinámicas del mercado en ciudades clasistas, agravadas por las rentas de posición de los “instalados” respecto a los “allegados” (inmigrantes), ha dado lugar a unas situaciones urbanas insostenibles. Grupos residenciales que se degradaban rápidamente por su mala calidad, por la falta de inserción urbana, por su anomía sociocultural, por la pobreza de los equipamientos, por el círculo vicioso de la marginación física y social...

Áreas centrales congestionadas y especializadas que pierden su rol integrador en beneficio de funciones administrativas. Barrios históricos despedazados y desarticulados por actuaciones viarias, poco respetuosas con los entornos y con la calidad de la vida cotidiana de los residentes. Diseminación en el territorio metropolitano de centros comerciales, campus universitarios e indus-

trias que ordenan la vida de los activos según la triada sarcástica del 68: “Metro, boulot, dodo” (Metro, trabajo, dormida).

Las reacciones no se hicieron esperar. En los años 60 y 70 la conflictividad urbana irrumpió en la vida política y social de la mayoría de países de Europa y América.

El movimiento moderno no era tan simplista como el urbanismo funcionalista del capitalismo desarrollista. Su preocupación por la vivienda masiva y la importancia acordada a las comunicaciones expresaba una visión productivista, no especulativa, de la ciudad y una preocupación por las condiciones de vida de las poblaciones trabajadoras. Sus propuestas urbanas podían ser interesantes también por su complejidad, por la capacidad de integrar objetivos sociales, ambientalistas y estéticos (por ej. Plan Macià o de Le Corbusier, Barcelona 1932).

Por su parte los movimientos sociales de los sectores populares no eran ajenos a las críticas y a las reivindicaciones urbanas. Había en las ciudades europeas ciertas tradiciones de luchas por la vivienda, por el precio de los transportes, por los servicios urbanos básicos y también por plazas y jardines, por centros culturales y equipamientos sociales y deportivos. Y contra las expropiaciones, la corrupción y el autoritarismo, y la opacidad de las decisiones de política urbana. Los movimientos urbanos emergieron con fuerza en los 60 y 70 paralizaron actuaciones en unos casos, y en otros fracasaron. También consiguieron que se negociaran a veces los proyectos y se alcanzaran compromisos que satisficieran algunas de las reivindicaciones urbanas respecto a expulsiones, accesos, equipamientos o transportes. Incluso en ciertos casos conseguían negociar programas de vivienda, y servicios y espacios públicos para cualificar áreas marginales o muy deficitarias respetando la población residente.

A las reacciones de carácter social se añadieron otras de carácter cultural y político. No solo los profesionales herederos de movimiento moderno podían decir al ver la evolución de los “*grands ensembles*”, los edificios singulares, la terciarización o la degradación de los centros, etc. “No es eso, no es eso”. También otros profesionales e intelectuales, tanto de la arquitectura, como de otras disciplinas pero unidos por la preocupación cultural, estética, a veces “paseista” respecto a la ciudad, levantaron su voz contra los excesos del urbanismo desarrollista y funcionalista. En unos casos prevaleció la revalorización formal de la ciudad existente. O la mitificación culturalista de la ciudad histórica. En otras la preocupación por el ambiente urbano. Y en otras la reivindicación de un urbanismo “austero” frente al despilfarro.

La crítica política a este urbanismo recogía algunas o muchas de las críticas sociales y culturales, se apoyaba en estos movimientos, aportando un plus: contra el autoritarismo tecnocrático o corrupto, contra el sometimiento de las políticas públicas a grupos de intereses privados, por la transparencia y la participación ciudadana, por la revalorización de la gestión política local y la descentralización. En esta crítica política coincidieron los movimientos sociales urbanos y hasta cierto punto las posiciones críticas de carácter ideológico con las fuerzas políticas más democráticas o progresistas. Hay que decir también que en bastantes casos las direcciones políticas partidarias tardaron bastante en “descubrir” el potencial político de las cuestiones urbanas. Y en muchos casos aún no lo han hecho.

Es indiscutible la influencia que han tenido en el urbanismo de los últimos 10 años la crítica, las reivindicaciones y las propuestas de las reacciones ciudadanas. La revalorización de los centros históricos, la superación de un urbanismo concebido como vivienda más vialidad, la incorporación de objetivos de redistribución social y

de cualificación ambiental, etc., deben mucho a estos movimientos críticos. Y especialmente la importancia acordada a los espacios públicos como elemento ordenador y constructor de la ciudad. Pero como nada es perfecto no es inútil señalar algunos aspectos más discutibles de estas reacciones cívicas. Citamos dos: El “conservacionismo” a ultranza de los barrios y de su población. En algunos casos los residentes se consideran los únicos “propietarios” de su barrio y se constituyen en una fuerza social contraria a cualquier cambio o transformación. Se olvida que el barrio o una área determinada forma parte de un todo, que también los usuarios, los que trabajan, consumen o le atraviesan tienen interés y derecho a esta parte de la ciudad. En otros casos el conservacionismo es cultural y no necesariamente de los residentes. Ciertos sectores de la cultura urbana consideran intocable cada piedra y cada forma que tenga una edad respetable. Sin apercibirse que no hay preservación urbana sin intervención transformadora que contrarreste las dinámicas degenerativas.

El otro aspecto discutible sobre el que conviene llamar la atención es la desconfianza o el prejuicio contrario a los grandes proyectos urbanos presente en los movimientos urbanos o ciudadanos más críticos. Es cierto que muchas veces este prejuicio estaba más que justificado por las experiencias nefastas de muchos proyectos de los 60 y 70 vinculados a corrupciones, especulaciones, destrucciones de ambiente urbano, pérdida de espacios públicos, despilfarro, proyectos urbanos excluyentes, etc. En todo caso parece más positivo, en un marco democrático, debatir los grandes proyectos y si es preciso proponer alternativas, evitando el fundamentalismo de que solamente lo “*small is beautiful*”.

De todas formas los movimientos ciudadanos de los últimos 30 años han hecho importantes contribuciones

a la gestión de la ciudad y al urbanismo de este final de siglo. Citemos por lo menos tres:

a) La revalorización del “lugar”, del espacio público, del ambiente urbano, de la calidad de vida, de la dialéctica barrio-ciudad, del policentrismo de la ciudad moderna...

b) La exigencia de la democracia ciudadana. de la concertación y de la participación en los planes y proyectos, de programas integrados, la gestión de proximidad y la recuperación del protagonismo de los gobiernos locales en la política urbana.

c) Y, como consecuencia de lo anterior, o quizás como premisa, la recreación del concepto de ciudadano, como sujeto de la política urbana, el cual “se hace” ciudadano interviniendo en la construcción y gestión de la ciudad. El marginal se integra, el usuario pasivo conquista derechos, el residente modela su entorno, todos adquieren autoestima y dignidad enfrentándose a los desafíos que les plantean las dinámicas y las políticas urbanas. El ciudadano es el que tiene derecho al conflicto urbano.

La ciudad competitiva de la globalización y las respuestas del urbanismo

La globalización económica y la revolución informacional tienen efectos contradictorios sobre los espacios urbanos.

La ciudad se convierte en un elemento nodal de sistemas de intercambios regionales y mundiales. Pero se conecta por partes, se divide en áreas y grupos “*in*” y “*out*”. Es decir, el tejido urbano se fragmenta, se especializa funcionalmente y la segregación social consolida la desigualdad en las regiones metropolitanas. La no-correspondencia entre el espacio urbano de los flujos y los

territorios político-administrativos, así como el debilitamiento de los “lugares”, o simplemente su inexistencia (nos referimos a los puntos fuertes de densidad social e identificación simbólica), estimulan las dinámicas anómicas o tribales, fracturan la cohesión social y dificultan la gobernabilidad.

Pero también se producen tendencias de signo contrario, de revalorización de la ciudad frente a la urbanización con disolución ciudadana. El espacio urbano tiende a nuevos procesos de concentración y complejificación de actividades y usos para optimizar las sinergías. Las políticas públicas necesitan consolidar territorios gobernables mediante actuaciones positivas a favor de la cohesión social por medio de la regeneración de centros y de áreas degradadas, las nuevas centralidades, la mejora de la movilidad y de la visibilidad de cada zona de la región metropolitana, la promoción de “nuevos productos urbanos” que diversifiquen y reactiven el tejido económico y social y creen empleo y autoestima, etc.

La competitividad requiere gobernabilidad y buen funcionamiento del sistema urbano, que a su vez depende de la eficiencia de los servicios, de la seguridad ambiental, de la calidad de los recursos humanos y de la integración cultural de los que viven y usan la ciudad.

El dilema del urbanismo actual es pues si acompaña a los procesos desurbanizadores o disolutorios de la ciudad mediante respuestas puntuales, monofuncionales o especializadas, que se expresan por medio de políticas sectoriales, sometidas al mercado y ejecutadas por la iniciativa privada. O si, por el contrario, impulsa políticas de ordenación urbana y de definición de grandes proyectos que contrarresten las dinámicas perversas y que se planteen el hacer ciudad favoreciendo la densidad de las relaciones sociales en el territorio, la heterogeneidad funcional de cada zona urbana, la multiplica-

ción de centralidades polivalentes y los tiempos y lugares de integración cultural.

Una cuestión clave para evaluar las políticas urbanas y entender cómo responder a este dilema es analizar los “proyectos urbanos” y ver la consideración que merecen los espacios públicos en los mismos.

Los proyectos urbanos caracterizan el urbanismo actual. Entendemos por proyectos urbanos aquellas actuaciones estratégicas de escala variable (desde una plaza hasta grandes operaciones de varios centenares de hectáreas, como por ej. un frente de mar) que se caracterizan porque dan respuesta a demandas diversas o cumplen varias funciones (aunque originariamente fueran monofuncionales), porque engendran dinámicas transformadoras sobre sus entornos, porque pueden incluir a la vez objetivos de competitividad y de cohesión social, por la combinación entre el rol iniciador o regulador del sector público y la participación de diversos actores privados en su desarrollo, porque son susceptibles de promover un salto de cualidad en la ciudad o en una parte de ella porque se inscriben en el tiempo (sin perjuicio de que el proyecto se concrete en unas actuaciones inmediatas con una fuerte capacidad impulsiva).

La polémica entre planes territoriales y proyectos urbanos diseñados no tiene mucho interés. Los planes y proyectos ejecutables son como la fe sin obras o el sandwich de jamón sin jamón. El urbanismo actual debe dar respuestas relativamente rápidas a los desafíos de la competitividad y de la cohesión. Asimismo debe saltar sobre las oportunidades (y si es preciso “inventarlas”), puesto que los grandes proyectos solamente son viables cuando aparece un conjunto de circunstancias favorables. Y estas circunstancias se dan también cuando es posible concertar las voluntades de un conjunto de actores públicos y privados, lo cual no es un resultado au-

tomático de la aprobación de los documentos de un plano.

Pero, por otra parte, los proyectos urbanos no tendrán valor estratégico como proyectos constructores de ciudad sino forman parte de una política de conjunto coherente, que se propone a la vez elevar la escala de la ciudad y articular la ciudad existente. Esta política global requiere instrumentos, entre ellos los planes: estratégico, de ordenación urbana, contrato-plan con el Estado, programa de grandes actuaciones concertadas con un horizonte fijo, planes sectoriales que integran varias dimensiones como transportes y circulación, medio ambiente urbano, etc. Los proyectos urbanos ciudadanos deben formar parte de un proyecto de ciudad dotado de una triple legitimidad: normativa, política y sociocultural. Es decir, una base legal (planes, leyes específicas, presupuestos, ordenanzas o reglamentos, etc.), un acuerdo político (más exactamente conjunto de acuerdos contractuales entre Administraciones públicas) y un consenso ciudadano básico con diversos actores urbanos (empresariales, sociales, profesionales, intelectuales, medios de comunicación,...).

La consideración de los espacios públicos en los grandes proyectos urbanos es un factor clave de su capacidad creadora de ciudad. Por lo menos por tres razones principales:

a) Porque el espacio público es un medio muy eficaz para facilitar la multifuncionalidad de los proyectos urbanos, pues permite diversidad de usos en el espacio y adaptabilidad en el tiempo.

b) El espacio público es así mismo el mecanismo idóneo para garantizar la cualidad relacional de un proyecto urbano, tanto para los residentes o usuarios, como para el resto de los ciudadanos. Este potencial relacional

debe ser obviamente confirmado por el diseño y luego verificado y desarrollado por el uso.

c) El espacio público es una posible respuesta al difícil y novedoso desafío de articular el barrio (o conjunto urbano más o menos homogéneo), la ciudad-aglomeración y la región metropolitana. La continuidad de los grandes ejes de espacio público es una condición de visibilidad y de accesibilidad para cada uno de los fragmentos urbanos y un factor esencial de integración ciudadana.

En resumen al espacio público se le pide ni más ni menos que contribuya a proporcionar sentido a nuestra vida urbana.

Espacio público y ciudadanía: la dialéctica entre la condición urbana y el status político

Aproximación por la vía de las anécdotas:

- “Finalmente, después de muchos años, hoy desfilando en la marcha de los parados, me he sentido ciudadano”.

Un desocupado de larga duración, París,
diciembre de 1997.

- “Lo peor no es nuestro nombre, o el color de nuestra piel. A pesar de que nos hayan dicho que damos el perfil para un puesto de trabajo, cuando debemos dar nuestra dirección, si es un barrio considerado “no deseable”, lo normal es que suspendan la entrevista”

De un programa de Televisión (Sagacités) sobre los barrios difíciles y los jóvenes de origen inmigrado en las ciudades europeas.

Los viernes, los sábados y los domingos, los Champs Elysées se llenan de jóvenes africanos, árabes, asiáticos. Ocupan la avenida más simbólica de París, se apropian de la ciudad, se pueden sentir plenamente franceses. Pero alguien nos dijo “No son franceses como el resto” (un diputado socialista!). Aunque la mayoría de las veces hayan nacido en París y posean la nacionalidad francesa.

“Todo el mundo tiene derecho a disponer o acceder fácilmente a un área con elementos de centralidad, a vivir en un barrio visto y reconocido por el resto de los ciudadanos, a poder invitar a comer en su casa sin avergonzarse por ello”.

(Coloquio de Carros-Francia, de las intervenciones de Rolando Castro y Jordi Borja).

“Nosotros también tenemos derecho a la belleza”

(Una abuela de favela, en Sao Paulo - Brasil).

La ciudadanía plena no se adquiere por el hecho de habitar una ciudad. Ni tampoco es suficiente tener un documento legal que acredite tal condición. Veamos algunas relaciones dialécticas entre la ciudad como espacio público y el ejercicio de la ciudadanía.

a) Los no-ciudadanos oficiales y la ciudad ilegal. La ciudad como espacio público, abierto, “necesita” de zonas ilegales o alegales, territorios de supervivencia porque en ellos se puede obtener alguna protección y algunos excedentes de los bienes y servicios urbanos (zonas “rojas”, centros degradados) o porque se ocupan precariamente excedentes de vivienda o de suelo en los márgenes. El proceso hacia la ciudadanía requerirá un doble proceso de legalización del habitante (papeles, empleo) y del territorio / vivienda (sea el ocupado, sea otro alter-

nativo). Pero un proceso puede dinamizar el otro o viceversa.

b) El espacio público como espacio político, de ejercicio de derechos cívicos, es un medio de acceso a la ciudadanía para todos aquellos que sufren alguna *capitis diminutio*, marginación o relegación en la anomía o la pasividad. Es la autoestima del manifestante en paro que sueña que ocupa la ciudad, que es alguien en la ciudad y no está solo.

c) La violencia urbana, la que se manifiesta en el espacio público, sea central o sea periférico es, aunque resulte paradójico, una reivindicación de ciudadanía. La violencia urbana expresa una rebelión de no ciudadano, una contradicción entre el hecho de estar y el no derecho de usar la ciudad formal y ostentosa. Se habla de violencia urbana no cuando los pobres o marginados se matan entre sí, sino cuando agreden a los ciudadanos o se enfrentan a los cuerpos del Estado. Están reclamando atención, que se reconozca su condición y/o su territorio.

d) El espacio público es indispensable, o por lo menos muy necesario, para desarrollar el proceso de socialización de los pobres y de los niños. Y de los recién llegados a la ciudad. En los espacios públicos que se expresa la diversidad, se produce el intercambio y se aprende la tolerancia. La calidad, la multiplicación y la accesibilidad de los espacios públicos definirán en buena medida el progreso de la ciudadanía.

e) Hoy el funcionamiento eficaz y democrático de la ciudad se mide por la dialéctica entre movilidades y centralidades. La ciudadanía de todos dependerá de la universalidad de ambos componentes del sistema urbano. Movilidad y centralidad tienen un componente de espacio público en tanto que factor de ciudadanía. Una ciudad que funciona exclusivamente con el automóvil privado y con centralidades especializadas y cerradas

(centros administrativos, *shopping centers* jerarquizados socialmente, etc.) no facilita el progreso de la ciudadanía, tiende a la segmentación, al individualismo y a la exclusión.

f) El espacio público, incluyendo la infraestructura y los equipamientos, puede ser un importante mecanismo de redistribución e integración sociales. Depende cómo se diseñen, o mejor dicho de cómo se conciban, las grandes operaciones urbanas. Una ronda diaria, un conjunto de equipamientos culturales, una promoción inmobiliaria de oficinas y viviendas, una renovación portuaria o ferroviaria, o un frente de agua, pueden dualizar la sociedad urbana o en cambio articular barrios y proporcionar mecanismos de integración y mayor calidad de vida a los sectores que sufren algún déficit de ciudadanía. Estos proyectos pueden ser creadores de centralidades donde no los había, facilitar más movilidad, favorecer la visualización y la aceptación ciudadana de barrios olvidados o mal considerados en la medida que estos objetivos y no únicamente los específicos u originarios sean tenidos en cuenta. Por ejemplo, en un centro histórico no es lo mismo hacer un gran museo, un gran estacionamiento y poner policía, que plantearse paralelamente al museo la animación cultural y comercial de la zona, programas de ocupación de los jóvenes y espacios de transición equipados con los barrios del entorno.

g) El espacio público contribuirá más a la ciudadanía cuanto más polivalente sea funcionalmente y más favorezca el intercambio. Es preciso conocer bien el uso social de los espacios públicos. Este uso dependerá de muchos factores, el diseño, la accesibilidad, la belleza, la monumentalidad, la promoción, el mantenimiento, la diversidad de usuarios posibles, etc. Queremos enfatizar la estética del espacio público. El lujo del espacio público no es despilfarro, es una cuestión de justicia social.

h) Las Administraciones públicas en un Estado democrático tienen que asumir como una de las fuentes de su legitimidad el promover una política de ciudad que produzca espacios públicos ciudadanos. No son por lo tanto admisibles grandes proyectos urbanos que no integren objetivos sociales y ambientales que amplíen la ciudadanía en cantidad y calidad. El planeamiento urbano debe considerar la reversión a la ciudad de áreas ocupadas por organismos estatales o empresas de servicios que por sus condiciones materiales o localización puedan considerarse obsoletas y que pueden servir para generar espacios y equipamientos colectivos ciudadanos: puertos, estaciones y talleres ferroviarios, reservas de suelo no utilizado para obras públicas, instalaciones o depósitos energéticos, cuarteles, edificios de oficinas públicas, etc. Los “nuevos productos urbanos” no pueden legitimarse únicamente por criterios de competitividad, ni tampoco por razones de competencia burocrática. Lo cual no elimina la inclusión en estas operaciones de promociones inmobiliarias o comerciales que además de viabilizar económicamente la operación pueden contribuir a la regeneración del tejido económico-social y urbano del entorno.

i) La renovación del instrumental urbanístico puede ser en sí misma un mecanismo de progreso de la ciudadanía. Los proyectos urbanos, en tanto que son a la vez respuesta a desafíos de la ciudad y oportunidades que se presentan a algunos actores públicos o privados, son ya un momento potencial de debate, conflicto y negociación. Los planes estratégicos deberán ser un ámbito importante de participación cívica. Otros instrumentos más específicos como los contratos-programa, los planes-proyecto, los proyectos preliminares, etc., favorecen la manifestación de aspiraciones e intereses diversos, incluso de sectores cuya voz se escucha normalmente poco en la ciudad.

j) El empleo es un factor clave para el ejercicio de la ciudadanía. En unos casos porque de él depende en gran parte la consecución de un status legal, protección social, acceso a la vivienda digna, etc. Siempre porque es necesario para obtener reconocimiento social y evitar la marginación progresiva. Las políticas urbanas, la construcción y el mantenimiento de espacios y equipamientos públicos son una gran oportunidad para crear empleos, tanto vinculados a los servicios urbanos, como a los llamados “servicios de proximidad”, es decir, a las personas. Así mismo es posible establecer una relación entre el “salario ciudadano” (atribuido a todos los residentes de un territorio y gestionado por el gobierno local o regional) y la ciudad como fuente de ocupaciones (sociales, culturales, ecológicas, etc.) y ámbito de formación continuada.

Ciudadanía: un desafío político para la ciudad

La ciudadanía fue en el pasado un atributo que distinguía a los habitantes permanentes y reconocidos como tales de la ciudad. Suponía un status compuesto por un conjunto de derechos y deberes cívicos, socio-económicos y políticos, que se podían ejercer en el ámbito del territorio de la ciudad (que en muchos casos era bastante más extenso que el ocupado por el núcleo aglomerado).

Luego, a partir del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la ciudadanía se fue vinculando al Estado-nación. Los ciudadanos eran los que poseían la nacionalidad, atributo que concedía el Estado, y en tanto que tales eran titulares de derechos políticos exclusivos (participar en los procesos electorales, formar asociaciones y partidos, ser funcionarios públicos, etc.). Los derechos sociales y cívicos de los ciudadanos también eran más amplios que los de los no-ciudadanos (extranjeros resi-

dentes o de paso), pero el concepto de ciudadanía se ha aplicado principalmente al status político-jurídico (sobre todo en la cultura anglosajona) en el marco del Estado. Su origen “ciudadano” se ha casi olvidado.

Sin embargo, hoy nos enfrentamos a algunos hechos nuevos que nos permiten replantear la relación ciudad y ciudadanía.

a) La reducción de la soberanía del Estado-nación por la globalización de la economía y la creación de uniones políticas, supraestatales. La Unión Europea tiende a igualar los derechos y deberes de todos los ciudadanos de los países europeos. Los europeos que se instalan (o que han nacido ya) en un país que no el que les da la “nacionalidad”, se integran lógicamente con más facilidad en la “ciudad” que en la “nación”.

b) La población inmigrada o descendientes de inmigrantes, que no poseen la nacionalidad del país en el que viven, es en muchas ciudades relativamente importante y estable, es decir, en la mayoría de los casos no hay proyecto de retorno al país de origen. Esta población no tiene reconocido un status de ciudadanía, lo cual plantea a la vez un problema de política social y de gobernabilidad democrática en las ciudades. Son los llamados en Francia los “*sans*” (sin): sin papeles, sin trabajo, sin domicilio fijo, sin protección social, sin derechos políticos, obviamente.

c) En el marco europeo una solución que parece razonable y viable respecto a las problemáticas expuestas, es crear el status de ciudadano europeo, distinto al de nacionalidad. Actualmente son ciudadanos europeos los que poseen la nacionalidad de un país de la U.E. Se añadiría: también son ciudadanos europeos, con los mismos derechos y deberes los que residan en una ciudad (o provincia, o departamento) de la U.E. en tanto que residen en ella. Las autoridades locales atribuirán la residencia legal al cabo de 2 años de residencia de facto

y tramitarán la ciudadanía europea, previa aceptación del interesado, a los tres años de residencia legal. La ciudad productora de ciudadanía debe garantizar la universalidad de ésta, es decir, la igualdad jurídica de todos sus habitantes. Lo contrario es legitimar la exclusión.

d) La ciudad es la mejor oportunidad de innovación política. Por la complejidad de las políticas públicas que en ella deben integrarse y por una dimensión que permite una relación más directa con la población. El ámbito regional-metropolitano, el de ciudad y el de barrio requieren soluciones originales, no uniformistas. Podrían experimentarse nuevos procedimientos electorales, como sustituir las listas de partidos nacionales por listas cívicas, sistemas mixtos, voto programático y obligatorio, etc. También es el lugar de innovar en las relaciones entre Administración y ciudadanos, como la ventanilla única, la declaración oral con valor de documento público, etc. Otro campo en el que es imprescindible innovar es el de la justicia y el de la seguridad: justicia local, consejos de seguridad por barrio y participativos, defensa de oficio de los ciudadanos ante las otras Administraciones del Estado, etc.

e) Hoy se habla más de participación ciudadana que de participación política. La gestión política local requiere hoy multiplicar la información, la comunicación, socializar las potencialidades de las nuevas tecnologías (que permiten el feed-back). Todos los ámbitos de la gestión local requieren formas de participación, a veces genéricas, muchas veces específicas: consejos, comités ad hoc, consulta popular, etc. La participación puede ser información, debate, negociación. También puede derivar en fórmulas de cooperación, de ejecución o gestión por medio de la sociedad civil (asociaciones o colectivos, empresarios ciudadanos, organismos sindicales o profesionales, etc.).

f) Los déficit de la ciudad afectan de manera distinta y desigual a distintos sectores de la población. En unos casos el gap es prácticamente global: los “sin” (sin papeles, sin trabajo, sin protección social, sin integración cultural, etc.). En otros es más específico: desocupados, viejos, niños, minorías étnicas o religiosas, etc. Una política ciudadana exige desarrollar un conjunto de “acciones positivas” hacia cada uno de estos grupos. Un test de ciudadanía será medir la “importancia” y la eficacia de estas acciones. Por ejemplo, desarrollar el multiculturalismo, convertir las demandas de niños y viejos en criterios orientadores de los programas de espacios públicos y equipamientos colectivos, hacer la ciudad más “femenina”, incorporar objetivos redistributivos y estudios de impactos sociales en todos los proyectos urbanos, etc.

g) Los proyectos y la gestión de los espacios públicos y de los equipamientos colectivos son a la vez una oportunidad de producir ciudadanía y un test del desarrollo de la misma. Su distribución más o menos desigual, su concepción articuladora o fragmentadora del tejido urbano, su accesibilidad y su potencial de centralidad, su valor simbólico, su polivalencia, la intensidad de su uso social, su capacidad de crear empleo, la importancia de los nuevos públicos de usuarios, la autoestima y el reconocimiento social, su contribución a dar “sentido” a la vida urbana... son siempre oportunidades que nunca se deberían desaprovechar para promover los derechos y deberes (políticos, sociales, cívicos) constitutivos de la ciudadanía.

El estatuto de ciudadano representa un triple desafío para la ciudad y el gobierno local.

Un desafío político: conquistar la capacidad legal y operativa para contribuir o universalizar el estatuto político-jurídico de toda la población. Y también adquirir

las competencias y los recursos necesarios para desarrollar las políticas públicas que hagan posible el ejercicio y la protección de los derechos deberes ciudadanos.

Un desafío social, promover las políticas públicas que se ataquen a las discriminaciones que imposibilitan o reducen el ámbito de la ciudadanía: empleo, situación de vulnerabilidad (por ej. niños), marginación cultural, etc.

Un desafío específicamente urbano: hacer de la ciudad, de sus centralidades y monumentalidad, de la movilidad y accesibilidad generalizadas, de la calidad y visibilidad de sus barrios, de la fuerza de integración de sus espacios públicos, de la autoestima de sus habitantes, del reconocimiento exterior, etc. una productora de sentido a la vida cotidiana, de ciudadanía.

La producción de ciudadanía y el rol de los gobiernos locales es un desafío político no exclusivo de éstos. La política no reduce su espacio a las instituciones, los partidos y las elecciones. Hay otro espacio, el de la sociedad política (mejor que sociedad civil) que es el que crean y ocupan todos los organismos y formas de acción colectiva cuando van más allá de sus objetivos e intereses inmediatos y corporativos. Es el espacio de la participación ciudadana que plantea demandas y propuestas y aun deberes y responsabilidades para criticar y ofrecer alternativas, pero también para ejecutar y gestionar programas y proyectos sociales, culturales, de promoción económica o de solidaridad. Y de urbanismo.

Para terminar: la responsabilidad de hacer ciudadanía también pertenece a los profesionales del urbanismo. En nombre de su ética y de su tecnicidad, del conocimiento de los avances de la cultura urbanística y de la experiencia internacional, por su sensibilidad respecto a las herencias de la ciudad en la que trabajan y por su potencial creativo de reconocer tendencias e inventar futuros, los profesionales del urbanismo deben reclamar au-

tonomía intelectual frente a los políticos y a los distintos colectivos sociales, deben elaborar y defender sus propuestas, asumir riesgos ante las autoridades y “opiniones públicas” y saber renunciar públicamente antes de traicionar sus convicciones. La reinención de la ciudad ciudadana, del espacio público constructor-ordenador de ciudad y del urbanismo como productor de sentido no es monopolio de nadie.

Los políticos elegidos democráticamente tienen la responsabilidad de la decisión de los proyectos públicos. Las organizaciones sociales tienen el derecho y el deber de exigir que se tomen en cuenta, se debatan y se negocien sus críticas, sus demandas y sus propuestas. Los profesionales tienen la obligación de elaborar análisis y propuestas formalizadas y viables, de escuchar a los otros, pero también de defender sus convicciones y sus proyectos hasta el final.

Bibliografía

BORJA, Jordi

Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la Información. Coautor: Manuel Castells. Taurus, Madrid 1997.

Informe sobre la ciudadanía europea - Eurocities/Eurocités. Ajuntament de Barcelona. 1997.

“Juventud y Ciudadanía. Causas sin rebeldes”. *Revista PREVENCIÓ.* Ajuntament de Barcelona. 1997.

Barcelona, un modelo de transformación urbana - Programa de gestión urbana (P.N.U.D. - Banco Mundial). Quito 1995.

“La ciudad conquistada”. *Revista Claves.* Madrid 1991.

En todos estos textos se cita bibliografía. A continuación citamos algunos libros o artículos que han sido especialmente tenidos en cuenta en algunas partes de este trabajo. No citamos la abundante bibliografía sobre Barcelona, por considerarla conocida y citada en otros textos del autor.

ASCHER, Francois

La Metapolis. París 1995.

BOSSOLINO, Antonio

La Repubblica delle Città. Roma 1996.

DAVIS, Mike

City of Quartz. Los Angeles 1990.

THE ECONOMIST

“Turn up the Lights”. Londres, julio 1995.

FORUM EUROPEEN DE SECURITÉ URBAINE

“Espaces Culturels Urbains”. Rencontre Internationale de la Villette. Paris 1996.

GARREAU, Joel

Edge City. Life in the New Frontier. New York 1995.

MONGIN Oliver

Vers la troisième ville? Preface de C. de Portzamparc. Paris 1995.

VENTURI, Marco y otros

La festivalizzazione de la política urbana. Roma 1995.

PORTAS, De Nuno

“El Planeamiento Urbano como proceso de Regulación Variable”. *Ciudades*, 3 (1996) Instituto de Urbanística. Universidad Valladolid.

O PROJETO URBANO

Cidade e imaginação. PROURB. Univ. de Rio de Janeiro, 1996.

PLANES DIRECTORES COMO INSTRUMENTOS DE REGULACAO.

Sociedade e territorio N° 22 (1995), Lisboa-Porto.

Véase también la colección “*Trojet Urbain*”, revista del Ministère de l’Equipement (Francia), dirigida por Ariella Masboungi (12 números publicados entre 1994 y 1997) y la serie de libros “*Conferénces Paris d’Architectes*”. Editions du Pavillon de l’Arsenal. Paris 1994-1997.

La ciudad multicultural

Jordi Borja y Manuel Castells
con la colaboración de
Mireia Belil y Chris Benner

Nuestro mundo es étnica y culturalmente diverso y las ciudades concentran y expresan dicha diversidad. Frente a la homogeneidad afirmada e impuesta por el Estado a lo largo de la historia, la mayoría de las sociedades civiles se han constituido históricamente a partir de una multiplicidad de etnias y culturas que han resistido generalmente las presiones burocráticas hacia la normalización cultural y la limpieza étnica. Incluso en sociedades, como la japonesa o la española, étnicamente muy homogéneas, las diferencias culturales regionales (o nacionales, en el caso español), marcan territorialmente tradiciones y formas de vida específicas, que se reflejan en patrones de comportamiento diversos y, a veces, en tensiones y conflictos interculturales¹. La gestión de dichas tensiones, la construcción de la convivencia en el respeto de la diferencia son algunos de los retos más importantes que han tenido y tienen todas las sociedades. Y la expresión concentrada de esa diversidad cultural, de las tensiones consiguientes y de la riqueza de posibilidades que también encierra la diversidad se da preferentemente en las ciudades, receptáculo y crisol de culturas, que se combinan en la construcción de un proyecto ciudadano común.

En los últimos años del siglo XX, la globalización de la economía y la aceleración del proceso de urbanización han incrementado la pluralidad étnica y cultural de

las ciudades, a través de procesos de migraciones, nacionales a internacionales, que conducen a la interpenetración de poblaciones y formas de vida dispares en el espacio de las principales áreas metropolitanas del mundo. Lo global se localiza, de forma socialmente segmentada y espacialmente segregada, mediante los desplazamientos humanos provocados por la destrucción de viejas formas productivas y la creación de nuevos centros de actividad. La diferenciación territorial de los dos procesos, el de creación y el de destrucción, incrementa el desarrollo desigual entre regiones y entre países, e introduce una diversidad creciente en la estructura social urbana. En este artículo, analizaremos el proceso de formación de la diversidad étnico-cultural en sus nuevas manifestaciones y las consecuencias de dicha diversidad para la gestión de las ciudades.

Globalización, migraciones y urbanización

La aceleración del proceso de urbanización en el mundo se debe en buena medida al incremento de las migraciones rural-urbanas, frecuentemente debidas a la expulsión de mano de obra de la agricultura por la modernización de la misma, siendo asimismo consecuencia de los procesos de industrialización y de crecimiento de la economía informal en las áreas metropolitanas de los países en desarrollo². Aunque las estadísticas varían según los países, los cálculos de Findley para una serie de países en vías de desarrollo indican que, en promedio, mientras en 1960-70, la contribución de la emigración rural-urbana al crecimiento urbano fue de 36,6%, en 1975-90, se incrementó al 40% de la nueva población urbana. La contribución al crecimiento metropolitano, en ambos casos, fue aún mayor³. En casi todos los países, la incorporación a las ciudades de emigrantes de zonas rurales acentúa notablemente la diver-

sidad cultural y, en los países étnicamente diversos, como Estados Unidos o Brasil, la diversidad étnica.

África

La globalización también ha suscitado importantes desplazamientos de población entre países, aunque las migraciones internacionales presentan un patrón complejo que no sigue las visiones estereotipadas de la opinión pública. Así, casi la mitad de los 80 millones de internacionales de todo el mundo están concentrados en África subsahariana y Oriente Medio⁴. Unos 35 millones de migrantes se encuentran en el África subsahariana, representando un 8% de su población total. Dichos movimientos migratorios en África son de dos tipos: por un lado, migraciones de trabajadores, encaminados a los países de mayor dinamismo económico, en particular a Sudáfrica, Costa de Marfil, Gambia y Nigeria. Por otro lado, amplios desplazamientos de refugiados del hambre, la guerra y el genocidio, en el Sahel, en el cuerno de África, en Mozambique, en Ruanda y Burundi, entre otras zonas: tan sólo en 1987 se estimaban en 12,6 millones de personas el número de desplazados por guerras o catástrofes en África⁵. En Asia, Malasia es el país de mayor inmigración, con casi un millón de trabajadores extranjeros, en general procedentes de Indonesia. Japón cuenta también con cerca de un millón de extranjeros censados y varios miles de trabajadores ilegales cuyo número se está incrementando rápidamente, si bien la mayoría de los extranjeros son coreanos que viven en Japón desde hace varias generaciones. Singapur cuenta con unos 300.000 inmigrantes, lo que representa una alta proporción de su población, y Hong Kong, Corea y Taiwan, con contingentes inferiores a los 100.000 cada uno. Sin embargo, en la medida en que se acentúe el desarrollo de estos países y aumente la pre-

sión demográfica en China, India e Indonesia, es de esperar un aumento de las migraciones internacionales, además del incremento de migraciones rurales-urbanas en toda Asia. Así, Japón en 1975 contaba con un inmigración anual de unos 10.000 extranjeros, mientras que en 1990, dicha cifra se había incrementado hasta unos 170.000 por año, la mayoría procedentes de Corea⁶.

América Latina

América Latina, tierra de inmigración durante el siglo XX, ha ido convirtiéndose en área de emigración. Así, durante el período 1950-64, la región en su conjunto tuvo un saldo neto de migraciones de + 1,8 millones de personas, mientras que en 1976-85, el saldo fue negativo: - 1,6 millones. Los cambios más significativos fueron la reducción drástica de la inmigración en Argentina y el fuerte aumento de emigración en México y América Central, en particular hacia Estados Unidos. Los movimientos inmigratorios latinoamericanos en este fin de siglo proceden generalmente de otros países latinoamericanos. Así, en Uruguay en 1991, del total de extranjeros residentes, el 40% eran de Argentina, el 29% de Brasil y el 11% de Chile. La mayor proporción de población extranjera se da en Venezuela (7,2%), seguida de Argentina (6,8%).

En los países más desarrollados, en Europa Occidental y en Estados Unidos, existe entre la población el sentimiento de una llegada sin precedentes de inmigrantes en la última década, de una auténtica invasión en la terminología de algunos medios de comunicación. Sin embargo, los datos muestran una realidad distinta, variable según países y momentos históricos⁷. Es cierto que el desarrollo desigual a escala mundial, la globalización económica, cultural y de sistemas de transporte favorecen un intenso trasiego de poblaciones. A ello hay que

añadir los éxodos provocados por guerras y catástrofes, así como, en Europa, la presión de poblaciones de los países del Este que ahora disfrutaban de la libertad de viajar al tiempo que sufren el impacto de la crisis económica. Pero los controles de inmigración, el reforzamiento de las fronteras entre los países de la OCDE y el resto del mundo, la reducida creación de puestos de trabajo en Europa y la xenofobia creciente en todas las sociedades, representan obstáculos formidables para el trasvase de población que podría resultar de las tendencias aludidas. Veamos pues cual es el perfil real de las migraciones recientes del Sur y el Este al Norte y al Oeste.

Estados Unidos

En Estados Unidos, sociedad formada por oleadas sucesivas de inmigración, se ha producido efectivamente un importante incremento de inmigrantes en números absolutos desde la reforma de la ley de inmigración en 1965, autorizando la inmigración por reunificación familiar. Pero aun así, los actuales niveles de inmigración están muy por detrás de la punta histórica alcanzada entre 1905 y 1914 (año en que llegaron 1,2 millones de inmigrantes a Estados Unidos). Más aun, en términos de proporción de la población, en 1914 esos 1,2 millones eran equivalentes al 1,5% de la población, mientras que el total de inmigrantes de 1992 sólo representó el 0,3% de la población. Ahora bien, lo que ha cambiado substancialmente es la composición étnica de la inmigración, que en lugar de provenir de Europa y Canadá, procede ahora, en su gran mayoría, de México, el Caribe y otros países latinoamericanos y Asia.

Un fenómeno semejante ha tenido lugar en los otros dos países que se caracterizan, junto con Estados Unidos, por tener la mayor proporción de inmigrantes extranjeros en su población, Canadá y Australia. En Cana-

dá, en 1992, más del 40% procedían de Asia, en particular de Hong Kong, y tan sólo un 2,8% del Reino Unido. Vancouver, la tercera ciudad canadiense, ha sido transformada en la última década por la llegada de 110.000 chinos de Hong Kong, elevando la proporción de población china al 27% de los residentes de la ciudad. Por cierto, dicha inmigración ha supuesto un influjo de 4.000 millones de dólares por año en la economía local. En cuanto a Australia, en los años noventa, el 21% de la población nació en el extranjero y el 40% tiene al menos un padre que nació en el extranjero. De los nuevos inmigrantes llegados a Australia en 1992, el 51% procedían de Asia.

Europa

Europa Occidental presenta una panorámica diversificada en lo que se refiere a movimientos migratorios. Utilizando como indicador el porcentaje de población residente extranjera sobre la población total y observando su evolución entre 1950 y 1990, podemos constatar, por ejemplo, que Francia e Inglaterra tenían una menor proporción de población extranjera en 1990 que en 1982, mientras que Bélgica y España apenas había variado (de 9,0 a 9,1%, y de 1,1 a 1,1%). Si exceptuamos el caso anómalo de Luxemburgo, el único país europeo cuya población extranjera supera el 10% es Suiza, también un caso especial por el alto grado de internacionalización de su economía. Y la media para el total de la población europea es tan sólo de un 4,5% de extranjeros. Los incrementos significativos durante la década de los ochenta se dieron fundamentalmente en Alemania, Austria, Holanda y Suecia, fundamentalmente debidos al influjo de refugiados del este de Europa. Pero también este influjo parece ser mucho más limitado de lo que temían los países europeos occidentales. Así por ejemplo,

un informe de la Comisión Europea en 1991 estimaba que 25 millones de ciudadanos de Rusia y las repúblicas soviéticas podrían emigrar a Europa occidental antes del año 2000. Y sin embargo, a mediados de los años noventa, se estima que la emigración rusa oscila en torno a las 200.000 personas por año, a pesar de la espantosa crisis económica que vive Rusia. La razón, para quienes conocen los mecanismos de la emigración, es sencilla: los emigrantes se desplazan mediante redes de contacto previamente establecidas. Por eso son las metrópolis coloniales las que reciben las oleadas de inmigrantes de sus antiguas colonias (Francia y el Magreb); o los países que reclutaron deliberadamente mano de obra barata en países seleccionados (Alemania en Turquía y Yugoslavia) los que continúan siendo destino de emigrantes de esos países. En cambio, los rusos y ex-soviéticos, al haber tenido prohibido el viajar durante siete décadas carecían y carecen de redes de apoyo en países de emigración, con la excepción de la minoría judía que es precisamente la que emigra. Así, dejar familia y país lanzándose al vacío de un mundo hostil sin red de apoyo es algo que sólo se decide masivamente cuando una catástrofe obliga a ello (la hambruna, la guerra, el nazismo).

Ahora bien, si los datos señalan que la inmigración en Europa occidental no alcanza proporciones tan masivas como las percibidas en la opinión pública, ¿por qué existe ese sentimiento? Y, ¿por qué la alarma social? Lo que realmente está ocurriendo es la transformación creciente de la composición étnica de las sociedades europeas, a partir de los inmigrantes importados durante el período de alto crecimiento económico en los años sesenta. En efecto, las tasas de fertilidad de los extranjeros son muy superiores a las de los países europeos de residencia (salvo, significativamente, en Luxemburgo y Suiza, en donde la mayoría de extranjeros son de origen europeo). Por razones demográficas el diferencial de

fertilidad continuará incrementándose con el paso del tiempo. Esta es la verdadera fuente de tensión social: la creciente diversidad étnica de una Europa que no ha asumido aun dicha diversidad y que sigue hablando de inmigrantes cuando, cada vez más, se trata en realidad de nacionales de origen étnico no-europeo. El incremento de población en el Reino Unido entre 1981 y 1990 fue de tan sólo el 1% para los blancos, mientras que fue del 23% para las minorías étnicas. Aun así, los blancos son 51,847 millones, mientras que las minorías tan sólo representan 2,614 millones. Pero existe una clara conciencia del proceso inevitable de constitución de una sociedad con importantes minorías étnicas, del tipo norteamericano. Algo semejante ocurre en los otros países europeos. Dos tercios de los extranjeros de Francia y tres cuartas partes de los de Alemania y Holanda son de origen no europeo. A ello hay que añadir, en el caso de Francia, la proporción creciente de población de origen no europeo nacida en Francia y que tienen derecho a nacionalidad al alcanzar los 18 años. Puede ocurrir también, como es el caso en Alemania, que la ley niegue el derecho de nacionalidad a quienes nazcan en territorio nacional de padres extranjeros, situación en las que se encuentran centenares de miles de jóvenes turcos que nunca conocieron otra tierra que Alemania. Pero el costo de dicha defensa a ultranza de la nacionalidad autóctona es la creación de una casta permanente de no ciudadanos, poniendo en marcha un mecanismo infernal de hostilidad social.

Un factor adicional es importante en la percepción de una diversidad étnica que va mucho más allá del impacto directo de la inmigración: la concentración espacial de las minorías étnicas en las ciudades, particularmente en las grandes ciudades y en barrios específicos de las grandes ciudades, en los que llegan a constituir incluso la mayoría de la población. La segregación espa-

cial de la ciudad a partir de características étnicas y culturales de la población no es pues una herencia de un pasado discriminatorio, sino un rasgo de importancia creciente, característico de nuestras sociedades: la era de la información global es también la de la segregación local.

Diversidad étnica, discriminación social y segregación urbana

En todas las sociedades, las minorías étnicas sufren discriminación económica, institucional y cultural, que suele tener como consecuencia su segregación en el espacio de la ciudad. La desigualdad en el ingreso y las prácticas discriminatorias en el mercado de vivienda conducen a la concentración desproporcionada de minorías étnicas en determinadas zonas urbanas al interior de las áreas metropolitanas. Por otro lado, la reacción defensiva y la especificidad cultural refuerzan el patrón de segregación espacial, en la medida en que cada grupo étnico tiende a utilizar su concentración en barrios como forma de protección, ayuda mutua y afirmación de su especificidad. Se produce así un doble proceso de segregación urbana: por un lado, de las minorías étnicas con respecto al grupo étnico dominante; por otro lado, de las distintas minorías étnicas entre ellas. Naturalmente, esta diferenciación espacial hay que entenderla en términos estadísticos y simbólicos, es decir, como concentración desproporcionada de ciertos grupos étnicos en espacios determinados, más que como residencia exclusiva de cada grupo en cada barrio. Incluso en situaciones límite de segregación racial urbana, como fue el régimen del apartheid en Sudáfrica, se puede observar una fuerte diferenciación socio-espacial, en términos de clase, a partir del momento en que

se desmantela la segregación obligatoria institucionalmente impuesta.

El modelo de segregación étnica urbana más conocido y más estudiado es el de las ciudades norteamericanas, que persiste a lo largo de la historia de los Estados Unidos y que se ha reforzado en las dos últimas décadas, con la localización de los nuevos inmigrantes en sus correspondientes espacios segregados de minorías étnicas, constituyendo verdaderos enclaves étnicos en las principales áreas metropolitanas y desmintiendo así en la práctica histórica el famoso mito del *melting pot* que sólo es aplicable (y con limitaciones) a la población de origen europeo⁸. Así por ejemplo, en el condado de Los Angeles, 70 de los 78 municipios existentes en 1970 tenían menos del 10% de residentes pertenecientes a minorías étnicas. En cambio, en 1990 los 88 municipios que para entonces componían el condado tenían más del 10% de minorías étnicas, pero 42 municipios tenían más del 50% de minorías étnicas en su población⁹.

La concentración espacial

El completo estudio de Massey y Denton (1993) sobre la segregación racial urbana en las ciudades norteamericanas muestra los altos niveles de segregación entre negros y blancos en todas las grandes ciudades. Para un índice de segregación absoluta de 100, la media es de 68,3, que sube hasta una media del 80,1 para las áreas metropolitanas del norte. Las tres áreas principales se encuentran también entre las más segregadas: Nueva York, con un índice de 82; Los Ángeles, con 81,1; y Chicago con 87,8. También el índice de aislamiento de los negros, que mide la interacción entre los negros y otros grupos negros (100 siendo el nivel de aislamiento absoluto) refleja altos valores, con una media del 63,5, que

pasa al 66,1 en las áreas del norte y que llega a registrar en Chicago un índice del 82,8.

La concentración espacial de minorías étnicas desfavorecidas conduce a crear verdaderos agujeros negros de la estructura social urbana, en los que se refuerzan mutuamente la pobreza, el deterioro de la vivienda y los servicios urbanos, los bajos niveles de ocupación, la falta de oportunidades profesionales y la criminalidad. En su estudio sobre segregación y crimen en la América urbana, Massey (1995) concluye que la coincidencia de altos niveles de pobreza de los negros y de altos índices de segregación espacial crean nichos ecológicos en los que se dan altos índices de criminalidad, de violencia y de riesgo de ser víctima de dichos crímenes... A menos que se produzca un movimiento de desegregación, el ciclo de violencia continuará; sin embargo, la perpetuación de la violencia paradójicamente hace la desegregación más difícil porque torna beneficioso para los blancos el aislamiento de los negros. A saber: aislando a los negros en barrios segregados, el resto de la sociedad se aísla con relación al crimen y a otros problemas sociales resultantes del alto índice de pobreza entre los negros. Así, en los años 90 han decaído, en términos generales, los índices de criminalidad en las principales ciudades norteamericanas. Entre 1980 y 1992, la proporción del número de hogares americanos que ha sufrido alguna forma de criminalidad se ha reducido en más de un tercio, pero al mismo tiempo, la probabilidad para los negros de ser víctimas de un crimen se ha incrementado extraordinariamente. Los adolescentes negros tienen una probabilidad nueve veces más alta que los blancos de ser asesinados: en 1960 morían violentamente 45/100.000, mientras que en 1990 la tasa había pasado a 140/100.000. En su estudio sobre la relación entre segregación de los negros y homicidio de los negros en 125 ciudades, Peterson y Krivo encontraron que la segregación espacial en-

tre blancos y negros era el factor estadísticamente más explicativo de la tasa de homicidios de todas las variables analizadas, mucho más importante que la pobreza, la educación o la edad¹⁰. Se mata a quien se tiene cerca. Y cuando una sociedad, rompiendo con sus tradiciones liberales y con sus leyes de integración racial, adopta la actitud cínica de encerrar a sus minorías raciales empobrecidas en ghettos cada vez más deteriorados, provoca la exasperación de la violencia en dichas zonas. Pero, a partir de ese momento la mayoría étnica está condenada a vivir atrincherada tras la protección de la policía y a destinar a policía y a cárceles un presupuesto tan cuantioso como el de educación, como ya es el caso en el estado de California.

Racismo y segregación

Si bien el racismo y la segregación urbana existen en todas las sociedades, no siempre sus perfiles son tan marcados ni sus consecuencias tan violentas como las que se dan en las ciudades norteamericanas. Así, Brasil es una sociedad multirracial, en la que los negros y mulatos ocupan los niveles más bajos de la escala social¹¹. Pero, aunque las minorías étnicas también están espacialmente segregadas, tanto entre las regiones del país como al interior de las áreas metropolitanas, el índice de disimilaridad, el cual mide la segregación urbana, es muy inferior al de las áreas metropolitanas norteamericanas. Asimismo, aunque la desigualdad económica está influenciada por el origen étnico, las barreras institucionales y los prejuicios sociales están mucho menos arraigados que en Estados Unidos. Así, dos sociedades con un pasado igualmente esclavista evolucionaron hacia patrones distintos de segregación espacial y discriminación racial, en función de factores culturales, institucionales y económicos que favorecieron la mezcla de

razas y la integración social en Brasil y la dificultaron en Estados Unidos: una comparación que invita a analizar la variación histórica de una naturaleza humana que no es inmutable.

Ahora bien, lo que sí parece establecido es la tendencia a la segregación de las minorías étnicas en todas las ciudades y en particular en las ciudades del mundo más desarrollado. Así, conforme las sociedades europeas reciben nuevos grupos de inmigrantes y ven crecer sus minorías étnicas a partir de los grupos establecidos en las tres últimas décadas, se acentúa el patrón de segregación étnica urbana. En el Reino Unido, aunque Londres sólo representa el 4,7% de la población, concentra el 42% de la población de las minorías étnicas. Dichas minorías, concentradas particularmente en algunos distritos, se caracterizan por un menor nivel de educación, mayor tasa de paro y una tasa de actividad económica de tan sólo el 58% comparada con el 80% de los blancos¹². En el distrito londinense de Wandsworth, con unos 260.000 habitantes, se hablan unas 150 lenguas diferentes. A esa diversidad étnico-cultural se une el dudoso privilegio de ser uno de los distritos ingleses con más alto índice de carencias sociales. En Göteborg (Suecia), el 16% de la población es de origen extranjero y tiene concentrada su residencia en el nordeste de la ciudad y en las isla de Hisingen. Zurich, que ha visto aumentar su población de extranjeros (sobre todo turcos y yugoslavos) del 18% en 1980 al 25% en 1990, concentra el 44% de esta población en las zonas industriales de la periferia urbana. En Holanda, los extranjeros son tan sólo un 5% de la población total, pero en Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht dicha proporción oscila entre el 15% y el 20%, mientras que en los barrios antiguos de dichas ciudades sube hasta el 50%. En Bélgica la proporción de extranjeros es del 9%, pero en la ciudad de Anderlecht alcanza el 26% y en el barrio de La Rosee,

el más deteriorado, los extranjeros representan el 76% de sus 2.300 habitantes¹³. En suma, las ciudades europeas están siguiendo, en buena medida, el camino de segregación urbana de las minorías étnicas característico de las metrópolis norteamericanas, aunque la forma espacial de la segregación urbana es diversa en Europa. Mientras que las banlieues francesas configuran ghettos metropolitanos periféricos, las ciudades centro-europeas y británicas tienden a concentrar las minorías en la ciudad central, en un modelo espacial semejante al norteamericano, lo que puede contribuir a la decadencia de los centros urbanos si no se mejoran las condiciones de vida de las minorías étnicas en Europa. Por otra parte, la importancia de las pandillas y el florecimiento de actividades criminales es menos acentuado en Europa que en Norteamérica. Pero si las tendencias a la exclusión social continúan agravándose, parece razonable suponer que situaciones similares conducirán a consecuencias semejantes, salvedad hecha de las diferencias culturales e institucionales. La ciudad multicultural es una ciudad enriquecida por su diversidad, tal y como señaló Daniel Cohn Bendit en su intervención introductoria al Coloquio de Francfort patrocinado por el Consejo de Europa sobre el multiculturalismo en la ciudad¹⁴. Pero, como también quedó de manifiesto en dicho coloquio, la ciudad segregada es la ciudad de la ruptura de la solidaridad social y, eventualmente, del imperio de la violencia urbana.

Las poblaciones flotantes en las ciudades

La geometría variable de la nueva economía mundial y la intensificación del fenómeno migratorio, tanto rural-urbano como internacional, han generado una nueva categoría de población, entre rural, urbana y metropolitana: población flotante que se desplaza con los

flujos económicos y según la permisividad de las instituciones, en busca de su supervivencia, con temporalidades y espacialidades variables, según los países y las circunstancias.

Aunque por su propia naturaleza el fenómeno es de difícil medida, una corriente de investigación cada vez más amplia aporta datos sobre su importancia y sobre las consecuencias que tiene para el funcionamiento y gestión de las ciudades¹⁵.

Tal vez la sociedad en la que la población flotante alcanza mayores dimensiones es China durante la última década. Durante mucho tiempo imperó en China el control de movimientos de población regulado en 1958 en el que cada ciudadano chino estaba registrado como miembro de un hukou (hogar) y clasificado sobre la base de dicha residencia. Bajo dicha regulación un cambio de residencia rural a urbana era extremadamente difícil. Los viajes requerían permiso previo y el sistema de racionamiento obligaba a presentar en las tiendas o restaurantes los cupones asignados al lugar de residencia y trabajo. Así, el sistema hukou fue un método efectivo de controlar la movilidad espacial y reducir la migración rural-urbana¹⁶. Sin embargo, con la liberalización económica de China durante los años ochenta la inmovilidad se hizo disfuncional para la asignación de recursos humanos según una dinámica parcialmente regida por leyes de mercado. Además la privatización y modernización de la agricultura aumentó la productividad y expulsó de la tierra a decenas de millones de campesinos que resultaron ser mano de obra excedente¹⁷. Imposibilitado de atender las necesidades de esta población rural económicamente desplazada, el gobierno chino optó por levantar las restricciones a los movimientos de población y/o aplicarlas menos estrictamente, según las regiones y los momentos de la coyuntura política. El resultado fue la generación de masivas migraciones rural-

urbanas en la última década, sobre todo hacia las grandes ciudades y hacia los centros industriales exportadores del sur de China. Pero dichas ciudades y regiones, pese a su extraordinario dinamismo económico (de hecho, los centros de más alta tasa de crecimiento económico del mundo en la última década) no pudieron absorber como trabajadores estables a los millones de recién llegados, ni proveerlos con viviendas y servicios urbanos, por lo que muchos de los inmigrantes urbanos viven sin residencia fija o en la periferia rural de las metrópolis, y otros muchos adaptan un patrón de migraciones pendulares estacionales yendo y viniendo entre sus aldeas de origen y los centros metropolitanos¹⁸. Así Guangzhou (Cantón), una ciudad de unos seis millones de habitantes, contabilizaba en 1992, un total de 1,34 millones de residentes temporales a los que se añadían 260.000 turistas diarios. En el conjunto de la provincia de Guangdong se estimaban en al menos 6 millones el número de migrantes temporales. En Shanghai, a fines de los 80 había 1,83 millones de flotantes, mientras que en 1993, tras el desarrollo del distrito de industrial de Pudong, se estimaba que un millón más de flotantes habían llegado a Shanghai en ese año. La única encuesta migratoria fiable de la última década, realizada en 1986, estimó que en esa fecha el 3,6% de la población de las 74 ciudades encuestadas eran residentes temporales. Otra estimación a nivel nacional, evalúa el número de flotantes en 1988, entre 50 y 70 millones de personas. Lo que parece indudable es que el fenómeno se ha incrementado. La estación central de ferrocarril de Pekín, construida para 50.000 pasajeros diarios, ve transitar por ella actualmente entre 170.000 y 250.000, según los períodos. El gobierno municipal de Pekín estima que cada incremento de 100.000 visitantes diarios a la ciudad consume 50.000 kilos de grano, 50.000 kilos de verduras, 100.000 kilovatios de electricidad, 24.000 litros de agua y utiliza

730 autobuses públicos. Dicho número de visitantes ocasiona 100.000 kilos de basura y genera 2.300 kilos de desechos de alcantarillado. Las condiciones de vida de esta población flotante son muy inferiores a las de la población permanente¹⁹ y son, a la vez, presa fácil del crimen y refugio de criminales, lo que aumenta los prejuicios contra ellos entre la población residente. Aunque de menor dimensión que en China, el fenómeno de la población flotante es característico de la mayor parte del mundo en desarrollo y en particular de Asia²⁰. Así en Bangkok, de los emigrantes llegados a la ciudad entre 1975 y 1985, el 25% habían vivido ya en tres ciudades diferentes y el 77% de los encuestados no pensaban quedarse en Bangkok más de un año, mientras que sólo el 12% de los migrantes se habían censado regularmente en su residencia de Bangkok, indicando una existencia a caballo entre sus zonas de origen y los distintos mercados de trabajo urbanos. En Java, el Banco Mundial estimó que en 1984 el 25% de los hogares rurales tenían al menos un miembro de la familia trabajando en un centro urbano durante una parte del año, lo que equivalía al 50% de la población activa urbana. Tendencias similares han sido observadas en Filipinas y Malasia²¹. La amplitud del fenómeno, y su difusión en otras áreas del mundo, hace cada vez más inoperante la distinción entre rural y urbano, en la medida en que lo verdaderamente significativo es la trama de relaciones que se establecen entre el dinamismo de las grandes ciudades y los flujos de población que se localizan en distintos momentos en distintos tiempos y con distintas intensidades, según los ritmos de articulación entre economía global y economía local.

En las ciudades de los países desarrollados también se asiste a un incremento de población flotante de un tipo distinto. Así, Guido Martinotti, en un interesante estudio²² ha insistido en la importancia de poblaciones de

visitantes que utilizan la ciudad y sus servicios sin residir en ella. No sólo viniendo de otras localidades del área metropolitana, sino de otras regiones y otros países. Turistas, viajeros de negocios y consumidores urbanos forman en un día determinado en las principales ciudades europeas, (pero también norteamericanas y sudamericanas) una proporción considerable de los usuarios urbanos que, sin embargo, no aparecen en las estadísticas ni son contabilizados en la base fiscal e institucional de los servicios urbanos que, no obstante, utilizan intensamente.

Tres son los principales problemas ocasionados por las poblaciones flotantes en la gestión urbana. En primer lugar, su existencia suscita una presión sobre los servicios urbanos mayor de lo que la ciudad puede asumir, a menos de recibir ayudas especiales de los niveles superiores de la administración, en consonancia con su población real y el uso efectivo que se hace de su infraestructura. En segundo lugar, la falta de contabilidad estadística adecuada de dicha población flotante, así como la irregularidad de sus movimientos, impiden una planificación adecuada de los servicios urbanos. En tercer lugar, se crea una distorsión entre las personas presentes en la ciudad y la ciudadanía capaz de asumir los problemas y el gobierno de la ciudad. Ello es negativo tanto para los flotantes, carentes de derechos y, en ocasiones, ilegalizados, como para los residentes que ven rota la solidaridad de la ciudadanía por la existencia de diferencias de status jurídico y de pertenencia comunitaria en el seno de la población real de la ciudad. Así pues, el desarrollo de poblaciones flotantes, directamente relacionado con la globalización de los flujos económicos y de comunicación, constituye una nueva realidad urbana para la que todavía no tienen respuesta las ciudades.

Multiculturalismo y crisis social urbana

En mayo de 1991 se reunieron en Francfort, bajo los auspicios del Consejo de Europa, representantes de distintos gobiernos municipales europeos para tratar las políticas municipales para la integración multicultural de Europa. En la declaración publicada al final de dicha reunión²⁵ se constataba que los países europeos, como consecuencia de décadas de inmigración y emigración, se habían tornado sociedades multiculturales. Asimismo, en la medida en que los inmigrantes y las minorías étnicas resultantes se concentraban en las grandes ciudades, las políticas de tratamiento de la inmigración y de respeto del multiculturalismo constituían un componente esencial de las nuevas políticas municipales. Concluían afirmando que sólo una Europa genuinamente democrática capaz de llevar adelante una política de multiculturalismo puede ser un factor de estabilidad en el mundo y puede combatir efectivamente los desequilibrios económicos entre el norte y el sur, el este y el oeste, que conducen a la emigración desordenada (p.167). Una constatación similar puede hacerse en la sociedad norteamericana y con relación al mundo en general. Y sin embargo, las reacciones xenófobas en todos los países y el incremento del racismo y el fanatismo religioso en todo el mundo no parecen augurar un fácil tratamiento de la nueva realidad urbana. Los inmigrantes, y las minorías étnicas, aparecen como chivos expiatorios de las crisis económicas y las incertidumbres sociales, según un viejo reflejo históricamente establecido, explotado regularmente por demagogos políticos irresponsables. Aun así, la terca nueva realidad de una economía global interdependiente, de desequilibrios socioeconómicos y de la reproducción de minorías étnicas ya residentes en los países más desarrollados hacen inevitable el multiculturalismo y la pluriétnicidad en casi

todo el mundo. Incluso Japón, una de las sociedades culturalmente más homogéneas en el mundo, está experimentando un rápido aumento de su población extranjera, mientras que se asiste al crecimiento de los yoseba (trabajadores ocasionales sin empleo ni residencia fija) y a su localización espacial temporal en ghettos urbanos, como el de Kamagasaki en Osaka. Hay quienes piensan, incluidos los autores de este libro, que la pluriétnicidad y la multiculturalidad son fuentes de riqueza económica y cultural para las sociedades urbanas²⁴. Pero incluso quienes estén alarmados por la desaparición de la homogeneidad social y por las tensiones sociales que ello suscita deben aceptar la nueva realidad: nuestras sociedades, en todas las latitudes, son y serán multiculturales, y las ciudades (y sobre todo las grandes ciudades) concentran el mayor nivel de diversidad. Aprender a convivir en esa situación, saber gestionar el intercambio cultural a partir de la diferencia étnica y remediar las desigualdades surgidas de la discriminación son dimensiones esenciales de la nueva política local en las condiciones surgidas de la nueva interdependencia global.

Jordi Borja. Urbanista.
Manuel Castells. Profesor de investigación
en el Instituto de Estudios Sociales
Avanzados (CSIC) de Barcelona.

Notas

- 1 Carlos Alonso Zaldívar y Manuel Castells (1992) *España, fin de siglo*, Madrid: Alianza Editorial 1992.
- 2 G. Papademetriou y P. Martín (eds) (1991) *The unsettled relationship: labor migration and economic development*, Wetsport: Greenwood Press.

- UNDIESA (United Nations Department for International Economic and Social Affairs) (1991) *World Urbanization Prospects: Estimates and Projections of urban and rural populations and of urban agglomerations*, Nueva York: United Nations.
- John Kasarda y Allan Parnell (eds) (1993) *Third World Cities: Problems, Policies and Prospects*, Londres: Sage Publications.
- 3 Findley, 1993. En Kasarda y Parnell, *op. cit.*
 - 4 Duncan Campbell “Foreign investment, labor immobility and the quality of employment”, *International Labour Review*, 2, 1994.
 - 5 Sharon Stanton Rusell y otros “International Migration and Development in Subsaharan Africa”, *World Bank Discussion Papers* 101-102, Washington DC: World Bank, 1990.
 - 6 Peter Stalker (1994) *The work of strangers. A survey of international labour migration*, Ginebra: International Labour Office.
 - 7 Peter Stalker, *op. cit.*
 - 8 Ed Blakely y William Goldsmith (1992) *Separate societies*, Philadelphia: Temple University Press.
 - 9 Robert Bullard, Eugene Gribbsby y Charles Lee (1994) *Racial apartheid: the American Legacy*, Los Ángeles: UCLA Center for Afro-American Studies.
 - 10 Ruth Peterson y Lauren Krivo (1993) “Racial Segregation and black urban homicide”, en *Social Forces*, 71.
 - 11 Neuma Aguiar, *Río de Janeiro plural: um guia para políticas sociais por genero e raça*, Río de Janeiro: IUPERJ, 1994.
 - 12 Trevor Jones (1993) *Britain's Ethnic Minorities*, Londres: Policy Studies Institute.
 - 13 Consejo de Europa (1993) “Europe 1990-2000: Multiculturalism in the city, the integration of immigrants” Estrasburgo, *Studies and Texts*, n. 25, Consejo de Europa, 1993.
 - 14 Consejo de Europa, *op. cit.*
 - 15 Sidney Goldstein (1993), en *Kasarda y Parnell, op. cit.*
Linda WONG (1994) “China’s urban migranst-the public policy challenge”, in *Pacific Affairs*, v. 67. n. 3, otoo.
 - 16 Linda Wong, *op. cit.*

- 17 Richard Kirkby (1985) *Urbanization in China*, Londres: Oxford University Press.
- 18 Lincoln Day y Ma Xia (eds,) *Migration and Urbanization in China*, Armonk, Nueva York: M.E. Sharpe, 1994.
- 19 Sidney Goldstein (1993), en *Kasarda y Parnell*, *op. cit.*
- 20 Lincoln Day y Ma Xia, *op. cit.*
- 21 Corner, 1994.
- 22 Martinotti, G. *Metropoli. La nuova morfologia sociale della città*. Il Mulino, Bologna, 1993.
- 23 Consejo de Europa, *op. cit.*
- 24 Aleksandra Alund y Carl-Ulrik Schierup (1991) *Paradoxes of multiculturalism*, Aldershot: Avebury.

Ciudad, democracia y gobernanza en América Latina¹

*Alfredo Rodríguez
Lucy Winchester*

Introducción

Caracas: explosión social en febrero de 1989, el Caracazo. Buenos Aires: asaltos a supermercados y tiendas en mayo y junio 1989. Santiago del Estero, Argentina: quema de edificios de gobierno y de las casas de políticos y funcionarios públicos en diciembre 1993. Curanilahue, Chile: toma de caminos como protesta por el cierre de minas de carbón, 1994. Chiapas: ocupación de doce ciudades, enero 1994.

En los años recientes, las ciudades de América Latina han sido escenario de grandes manifestaciones de descontento social. Desde una perspectiva de “gobernabilidad”, estos estallidos sociales se pueden definir como “ingobernabilidad democrática”. Desde una aproximación de “gobernanza”², corresponden a conflictos que surgen al contraponerse los cambios en las estructuras económicas y sociales, de una parte, y la inercia de las estructuras políticas y sociales tradicionales, de otra³. Por tanto, no son resultado de demandas excesivas que no pueden ser procesadas por un sistema democrático, no son asunto de gobernabilidad. Son resultado de la forma como se gobierna, son cosa de gobernanza.

Desde esta segunda perspectiva, queremos en este artículo explorar los cambios que están ocurriendo en

las ciudades de América Latina y sus implicaciones en el proceso y la forma como se gobiernan.

1. Cambios en el entorno económico, social y político de la ciudad

Desde fines de los años setenta en adelante, los países de la región han experimentado, con distinta intensidad, profundos cambios en sus estructuras económicas, sociales y en los paradigmas sobre el Estado y la sociedad (Restrepo 1994: 95-96; Schvarzer 1994; Tenti 1993; Infante 1993). América Latina se encuentra en un proceso de transformación de su modelo de crecimiento, desde uno hacia adentro, basado en la industrialización substitutiva de importaciones, a un modelo abierto a los mercados internacionales, cuyo motor principal es el sector privado.

No ha sido ni es un proceso fácil. Los cambios que se han expresado primeramente y con mayor fuerza en el plano económico, han ocurrido en el marco de una sociedad estructurada de acuerdo a otras lógicas: se han enfrentado a la inercia de la organización política y social del Estado, a las formas tradicionales de la vida política local y a una estructura física de la ciudad que nació como expresión de modalidades de producción y reproducción diferentes a las que hoy están tomando cuerpo (Schvarzer 1994; Restrepo 1994:99; Díaz 1993). Por tal razón, las consecuencias de los cambios económicos han tomado mayor tiempo en expresarse en el conjunto de la sociedad que en el campo económico propiamente tal, generando conflictos y nuevas áreas de preocupación política.

El contexto económico, social y político de la ciudad ha cambiado y sigue estando sujeto a un proceso de cambio, resultado de la transformación del sistema económico mundial y de la transición democrática propia

de los países latinoamericanos. Estos procesos, que comienzan a aparecer en las ciudades de la región, tienen y tendrán incidencia importante en la vida de las ciudades y en la capacidad que requieren y requerirán los “*decision makers*” locales para asegurar el futuro desarrollo urbano.

Mercado laboral urbano

En los países de la región, la apertura de las economías y las reformas de ajuste estructural afectaron negativamente el mercado laboral urbano en dos dimensiones: el empleo y el salario (Infante 1993:6).

Respecto al primero, Infante (1993:7-10) señala tres grandes cambios en la naturaleza de los problemas del empleo:

- a) Aumento de la oferta de fuerza de trabajo urbana debido al incremento de la tasa de participación de las mujeres -en parte por exclusión de los hombres, que tradicionalmente tienen salarios más altos- y al mantenimiento de la migración hacia zonas urbanas.
- b) Pérdida en la calidad de las ocupaciones. Dado el menor requerimiento de fuerza de trabajo por parte del sector moderno de la economía, se está produciendo un aumento de empleos en el sector informal urbano. Junto a lo anterior, la menor estabilidad laboral y el aumento en la subcontratación por empresas grandes han precarizado la calidad incluso de los empleos formales urbanos (Díaz 1993).
- c) Aumento y cambio de composición del desempleo. Como señala Herzer (1992:37), por primera vez en Buenos Aires el número de desempleados hombres es superior al de mujeres.

Los cambios económicos han significado también el deterioro de los ingresos laborales urbanos en la región, por:

- a) Ajuste de los salarios. Según PREALC (1992), en la década de los ochenta, las remuneraciones en el sector público se redujeron en 30 por ciento en términos reales, y los salarios mínimos en 33 por ciento (Infante 1993:10).
- b) Contracción de los ingresos reales del sector informal urbano. Según PREALC (1992), la caída del ingreso real de los ocupados en el sector informal urbano habría alcanzado un 42 por ciento en la década (Infante 1993:11).

El resultado más nítido de estos cambios en el mercado laboral ha sido la precarización de la fuerza de trabajo urbana, esto es, una fuerza de trabajo con altos índices de desempleo e inestabilidad, con condiciones de trabajo desreguladas, con reducción en los salarios mínimos y altos índices de informalidad. Esta precarización genera nuevas demandas sociales y económicas en el espacio local de la ciudad.

Desmaterialización

La reducción a lo largo del tiempo del número de plantas productoras, de su tamaño medio y, por consiguiente, del empleo en las grandes empresas fabriles, ha modificado las condiciones del empleo en la ciudad y la propia fisonomía de la urbe. Quizás una de las condiciones que inciden con mayor fuerza en este cambio es la tendencia a la desmaterialización de la producción, y ello en diversos sentidos (Schvarzer 1994:6-9):

- a) Cada vez más, los bienes que aporta la industria requieren menos materiales, y hasta no los utilizan en el sentido clásico.
- b) La evolución industrial tiende a exigir un uso mayor del conocimiento y de la materia gris sobre la fuerza muscular. Ello conlleva la modificación de la estructura social de la mano de obra urbana en los lugares en donde predomina.
- c) Nuevas características de las plantas fabriles vinculadas a los sistemas de comunicaciones y transporte: se pueden alejar de las fuentes de materias primas, existe un mayor contacto con mano de obra calificada.
- d) Desplazamiento de las sedes de las grandes empresas desde las grandes ciudades a pequeñas, o desde el centro de la ciudad hacia localizaciones periféricas.

Con la desmaterialización de la producción, los sectores obreros tradicionales y los insumos físicos pierden importancia en el proceso productivo, lo cual supone cambios en cuanto a los actores sociales urbanos y a las formas de capacitación de la fuerza de trabajo. Para las ciudades, esta tendencia implica modificaciones adicionales. Los nuevos sectores y actividades dinámicas configuran un segmento de una economía urbana que requiere soportes para productos inmateriales: patrones de localización diferentes; mercado de trabajo con un nuevo tipo de trabajador, menos obreros.

Desde la perspectiva de estos cambios, la ciudad latinoamericana, centro y soporte material de la industrialización substitutiva, experimenta fuertes tensiones al desaparecer el modelo económico que la hizo crecer en los últimos cuarenta años. En una imagen: las zonas cercanas al centro de la ciudad, esas viejas áreas industriales abandonadas, los rieles de ferrocarriles que ya no existen, los muelles vacíos: Montevideo, Santiago, Buenos Aires...

Y las ciudades no sólo cambian en lo que se refiere a sus características físicas, sino que “la tendencia a la reducción del empleo fabril en el empleo total, a la menor concentración de trabajadores en las grandes plantas, al cambio de sus calificaciones y de sus formas de operar, al menor uso de materiales físicos en favor de insumos intelectuales y el desplazamiento de sus sedes hacia nuevas direcciones” (Schvarzer 1994:10), son factores que indican que también las características sociales de las ciudades son diferentes.

Cambios en lo social

Los cambios en la economía urbana se expresan en el orden social por la pérdida de importancia “de los grandes actores colectivos nacionales clásicos, particularmente de la burguesía y de la clase obrera organizados en el marco de una economía volcada hacia el mercado interno” (Tenti 1993:75). Las transformaciones sufridas por el mercado del empleo y por el marco jurídico institucional que lo rige, han contribuido a la desestructuración del mundo obrero. En la mayoría de las ciudades de la región, el aparato sindical cuenta con menos adherentes, ha perdido capacidad de movilización y negociación frente a patrones y el Estado, y cada vez es menos capaz de participar en acciones colectivas de interés general (Tenti 1993:63).

El lugar que “el movimiento obrero organizado” cede poco a poco, tiende a ser ocupado por diferentes actores locales, que no necesariamente se ordenan desde la unidad productiva con un carácter hegemónico de clase. Tienden actuar en el espacio local de la ciudad, y se aglutinan desde:

a) lo espacial (movimientos barriales, regionales);

- b) lo cultural (movimientos étnicos, de mujeres, ecológicos);
- c) las condiciones para la reproducción (servicios públicos: agua, vivienda, educación; servicios sociales).

Las formas colectivas dejan de ser consideradas sólo como instrumentos que se utilizan para relacionarse directamente con el Estado en búsqueda de la resolución de conflictos generados por demandas sociales, políticas y económicas. Restrepo (1994:96) nos señala que ahora “las empresas, asociaciones, partidos, gremios, vuelven la mirada sobre su estructura, sus rutinas y procesos decisionales, ya que de ellos depende la eficiencia en la obtención de fines económicos, administrativos o políticos”.

A menudo la presencia de estos actores sólo es eficaz, y ello relativamente, en los contextos locales y concentrados en lo local de las ciudades, generalmente municipios. Y es allí precisamente donde se discute y se determinan las políticas sociales más asistencialistas, y donde éstas son las más inestables y las más ligadas a objetivos políticos inmediatos (Tenti 1993), lo que las hace vulnerables a la dinámica propia de la vida política local de la ciudad.

Cambios en el papel del Estado

En el marco de “la reforma del Estado”, el Estado nacional deja progresivamente de ser el responsable directo de la integración social y nacional. Actualmente esta función es cada vez más resultado de la lógica del mercado y de la acción de medios de comunicación de masas. Las identidades nacionales y de clases tienden a ser reemplazadas por identidades locales (de empresa, profesionales, regionales, religiosas, etc.) y particularistas, o por identidades supranacionales (el consumo, la asimi-

lación de estereotipos o estilos de vida supranacionales) (Tenti 1993:76).

Desde distintas perspectivas se propone una “recuperación” de espacios de poder y libertad anteriormente estatales, por la sociedad civil. Esta recuperación podría tomar tres formas (Restrepo 1994:96):

- a) La devolución o privatización de propiedades o funciones antes de dominio estatal (la privatización de lo público) (Pírez, 1994:1-3).
- b) La construcción de lo público.
- c) La invocación a la participación de ciudadanos, comunidades, gremios y localidades de diferente tamaño y estatuto.

El Estado comienza a reconfigurarse y descentralizarse en muchos actores e instancias. La fase de transición se caracteriza por “el desmonte del carácter estatal de una serie de servicios y empresas, las nuevas tendencias de la administración pública, la valorización de la pluralidad de actores privados, la primacía de las señales del mercado y sus agentes como determinantes de la asignación de recursos en la sociedad, y la revalorización de la concepción de la democracia como un sistema político” (Restrepo 1994:97)⁴.

Lo público

Parece existir una tendencia a culpar al Estado por todos los males: el desempleo, la falta de desarrollo, la destrucción de la naturaleza. El mercado, por el contrario, pareciera contener las soluciones a estos problemas. Hinkelammert (1992:191) nos hace ver que “si antes el Estado se asignaba una función clave en el desarrollo económico y social de la sociedad, en las décadas de los setenta y ochenta el Estado es designado como el gran

culpable de los mayores problemas que aparecen”. Y sigue, señalando que “esta fijación en el Estado como culpable de todos los males no es sino la otra cara de una fijación contraria, en la cual el mercado soluciona todos los problemas”.

Sin embargo, el mercado no soluciona todos los problemas. El mercado produce distorsiones. La producción produce problemas. Siempre existen externalidades relacionadas a las decisiones de producción, sea que ellas se generen en el ámbito estatal o en el mercado.

Como dice Heilbroner (1992:89), la producción ocurre principalmente en el sector privado y los problemas -los conflictos generados por externalidades- se originan ahí, en el mercado. Sin embargo, la sociedad civil, los individuos y sectores sociales, sufren las consecuencias -los costos- de aquellos conflictos y buscan resolución, reivindicación y/o recompensación en el Estado.

Así, la resolución de estos conflictos depende de la distribución de poder y de cómo se ejerce el poder, tanto desde el mercado, como de la sociedad civil o del Estado.

Lo público es el espacio donde se manifiesta la interconectividad de las decisiones políticas y de sus resultados sobre el uso de los recursos económicos y sociales para el desarrollo. Es ahí donde convergen y se hace manifiesta la interdependencia entre los actores del mercado, de los distintos sectores sociales de la sociedad civil y del Estado. Y es ahí donde el sistema de toma de decisiones resuelve los problemas y conflictos sociales, económicos y políticos generados por la producción para el desarrollo.

La descentralización

Es un proceso de cambios institucionales reciente e inacabado en América Latina, apoyado tanto por aquellos que la perciben como un mecanismo de disminuir el control sobre el capital del Estado y el tamaño de ello, como por aquellos que ven en ella la posibilidad por una mayor democratización del Estado y de la sociedad civil.

Nunes (1994:185) nos indica que “a la descentralización del Estado corresponde así una igual descentralización del conflicto, lo que en la práctica implica la transformación de los gobiernos locales en espacios de lucha y de experiencias de conquista para la ciudadanía”. Los actores sociales urbanos, el sector privado nacional y extranjero, los gobiernos locales y el Estado, comparten el ámbito público de la ciudad, representado tanto por la infraestructura de la ciudad y los servicios públicos, como por el sistema de toma de decisiones sobre el desarrollo urbano y los conflictos derivados de ello.

En este proceso, la identidad local puede verse fortalecida. Si bien esto tiene aspectos favorables y posibilita una proximidad que facilita la participación, también tiene limitaciones y no debe ser sobrevalorado. La legitimidad de este espacio -acceso equitativo para la sociedad civil urbana, participación efectiva y transparencia en la toma de decisiones- es asunto de discusión y estudio. Este espacio tiende a ser vulnerable a la vida política local, y algunos ven en lo local bloqueos a los cambios y reforzamiento de los aspectos más tradicionales (González, 1994:12).

Frente a estos cambios, en los países de la región no existe aún una clara propuesta sobre lo local. Hasta cierto punto, como afirma Velásquez, “la descentralización sorprendió a los partidos políticos fuera de base y han tenido que inventar sobre la marcha un discurso sobre

la ciudad, sobre lo local, sobre la participación. Este es un tema de interés investigativo, pero también práctico. No existe un discurso democrático sobre lo local, sobre lo público, etc., que de cuenta de un proyecto al respecto. Tampoco existe un liderazgo social y político local que lo suscriba y lo sustente en una perspectiva democrática.

Probablemente los actores que más camino han recorrido son las organizaciones no gubernamentales (ONGs), en particular aquellas especializadas en ese campo. Pero, aun así, aparece como una necesidad la de construir una propuesta sobre lo local, que sea discutida y compartida por muy distintos actores sociales y políticos” (Rodríguez 1994).

2. Pobreza urbana y de la ciudad

Pobreza en la ciudad

En los años noventa, en América Latina, los pobres - personas con ingresos inferiores a la línea de pobreza- se concentran en las ciudades. Este es un fenómeno nuevo y creciente, que ha ocurrido en los últimos veinte años.

Si bien el porcentaje total de personas pobres en la región ha crecido levemente en términos porcentuales, la población urbana pobre -en el período entre 1970 y 1990- pasó del 29 al 39 por ciento, mientras que la población rural pobre disminuyó porcentualmente del 67 al 61 (CEPAL 1994:157).

Las mayores concentraciones de pobreza están ahora situadas en las áreas urbanas. En veinte años prácticamente se ha revertido la situación: si en 1970 en las áreas rurales se encontraba el 63 por ciento de los pobres de América Latina, hoy el 59 por ciento de ellos está en áreas urbanas. (Véase Cuadro 1).

En todos los países de la región, el efecto de la crisis económica de fines de los setenta en adelante, y del ajust-

te estructural de los ochenta en adelante, ha sido más fuerte en las áreas urbanas que en las rurales.

Los datos presentados en el Cuadro 2 muestran que, con la sola excepción de Uruguay, en el resto de países, los porcentajes de hogares bajo la línea de pobreza, alrededor de los años noventa, son mayores que los que existían en los años setenta. Las mejorías recientes son sólo recuperación parcial de índices logrados en el pasado (CEPAL 1994:17).

Cuadro 1

América Latina: Cambios en la distribución urbano/rural de la población pobre, 1970-1990

(a) Personas con ingresos inferiores a la línea de pobreza. Incluye a las personas que viven en situación de indigencia.

(b) Estimación para 19 países de la región.

Fuente: CEPAL (1994), Cuadro 21, pág. 157.

Año	Pobres (miles de personas) (a)			Pobres (porcentaje)		
	Urbano	Rural	Total	Urb.	Rur.	Tot.
1970	44.200	76.600	119.800	37	63	100
1980	62.900	73.000	135.900	46	54	100
1986	94.400	75.800	170.200	55	45	100
1990(b)	115.500	80.400	195.200	59	41	100

Cuadro 2

América Latina: Porcentaje de hogares bajo la línea de pobreza en áreas urbanas, 1970-1992

(a) 1987, (b) 1979, (c) 1987, (d) 1981.

Fuente: CEPAL (1994), Cuadro 22, pp. 158-159.

Año	Argentina	Bolivia	Brasil	Chile	Colombia	Costa Rica	México	Perú	Uruguay	Venezuela
1970	5		35	12	38	15	20	28	10	20
1980	7		30(b)		36	16		35(b)	9(b)	18(d)
1986	12		34(c)	37(c)	36	21	28	45	14	25
1990		50(a)	39	34	35	22	34		12	33
1992		46		27	38	25	30		8	32

Se tiene así en las áreas urbanas una situación social más compleja: hay una mayor concentración de pobreza y, a su vez, una mayor desigualdad en cuanto a la distribución del ingreso. CEPAL (1994:35-45) señala que esta tendencia se ha mantenido aun en los casos en que ha habido una recuperación, dado que los sectores sociales de menores ingresos han aumentado su participación en el mercado laboral en ocupaciones de salarios muy bajos, mientras que los sectores profesionales y técnicos han logrado comparativamente mayores aumentos de sus salarios reales.

Pobreza de la ciudad

Además de la concentración de pobres en la ciudad, del aumento de las desigualdades de ingresos (por condiciones de trabajo) de los habitantes urbanos, la ciudad en sí misma se ha empobrecido en las dos últimas décadas (Herzer 1992).

Se expresa ese empobrecimiento por una reducción de la capacidad que tienen las ciudades para mantener

al día los servicios públicos, la infraestructura física y, en casos extremos, de mantener la seguridad ciudadana. Es decir, la pobreza de la ciudad es una crisis en la dotación de los bienes y servicios colectivos que se manifiesta a través del deterioro de los servicios públicos, por una crisis fiscal, y en particular por una muy baja productividad de la ciudad.

Esta crisis es una manifestación de la fragmentación de la ciudad latinoamericana producida por la intersección de los procesos globales y lugar, el territorio de la ciudad (Sassen 1991).

Las ciudades al borde del colapso funcionan gracias a que diferentes grupos sociales -organizaciones de vecinos, de pobladores, de padres de familia, ONGs, centros de madres- asumen tareas compensatorias de prestación de los servicios públicos (Pérez 1994:2). Sin embargo, existen casos en los cuales los usuarios van más allá de realizar actividades compensatorias o complementarias, y se autonomizan. Por ejemplo, en la ciudad de Santo Domingo han desarrollado servicios parciales de transporte y de energía eléctrica -generadores individuales- (Douzant & Faxas 1991); o en Buenos Aires existen cooperativas que prestan servicios autónomos de dotación de agua potable (Brunstein 1991; Montaña & Coing 1991; Rodríguez 1991).

El colapso de los servicios urbanos tiene distintos efectos:

- a) Sobre la estructura física y social de la ciudad. Al colapsar los servicios públicos, sectores urbanos se desgajan de la ciudad, autonomizándose; la ciudad deja de funcionar como una entidad interrelacionada (Pérez 1994).
- b) Sobre la eficiencia de las actividades productivas urbanas. Al no existir servicios públicos -en su sentido literal-, el conglomerado urbano pierde sentido y limita

la competitividad de las actividades allí localizadas. Coing (1989) señala, como ejemplo, las dificultades que existen para el desarrollo de actividades económicas de punta en ciudades que no pueden asegurar un servicio de energía eléctrica sin cortes diarios.

Como hemos visto, en términos generales el panorama urbano no es muy alentador: empobrecimiento tanto de los habitantes como de las mismas ciudades. Sin embargo, en términos de Reilly (1994:1), “hay una buena noticia: una tendencia hacia la democracia y el (re)descubrimiento de la sociedad civil -lo que existe fuera de la familia-, pero sin llegar al Estado”.

3. ¿Cómo se gobierna en esa nueva escena urbana?

Tal como señalamos anteriormente, los estallidos sociales de los últimos años en las ciudades de la región expresan los nuevos conflictos y demandas sociales surgidos de la interdependencia e interpenetración entre el mercado, el Estado y la sociedad civil. La resolución de estos conflictos depende de cómo ejercen el poder estos actores, es decir, la forma y el proceso de gobernanza.

La ciudad, espacio importante en el desarrollo de la sociedad, vive hoy transformaciones fundamentales en sus estructuras políticas, sociales y económicas. Está sometida a una situación cambiante de mucha incertidumbre. Un aspecto relevante de este proceso es la renovación de la importancia relativa del espacio local respecto al Estado central y a los espacios nacionales. Tanto la expresión de problemas y conflictos relacionados a la pobreza urbana y los problemas sociales -desigualdad, precarización de la fuerza de trabajo y el empobrecimiento de la ciudad- como la resolución de éstos, parecen dirigirse a y experimentarse en lo local. Es-

tos problemas representan demandas insatisfechas y conflictos no resueltos derivados de la contraposición de intereses económicos, sociales y políticos en el ámbito urbano.

Por tanto, es condición clave para la sostenibilidad de la ciudad su capacidad de conjugar las distintas demandas originadas en el mercado, en la sociedad civil y en el Estado, y distribuir los beneficios y costos sin perjudicar la estabilidad y continuidad del desarrollo de la sociedad. Nos parece importante preguntarnos cuáles son las estrategias de resolución de conflicto y sus implicaciones -la incorporación de las demandas de sectores sociales a la ciudad- que operan, y que podrían operar, en nuestras ciudades.

¿Cómo se incorpora a los pobres a la ciudad?

Pírez (1994:4-5) responde a esta pregunta señalando que lo hacen de dos formas fundamentales: ya sea a través de la integración formal y política, en el caso de estrategias democráticas, o de la represión y exclusión territorial, en las estrategias autoritarias. Estas estrategias no refieren solamente a la incorporación de “los pobres”, sino también a los sectores sociales sujetos a otros problemas sociales.

Las estrategias democráticas de gobernar tienden a desarrollar experiencias basadas en alguna forma de integración. Esta puede estar relacionada con la representación política, la representación simbólica, formas de clientelas políticas y/o la participación (Pírez 1994:5).

Los casos de participación efectiva de los sectores populares en los gobiernos locales son escasos. Tomando en cuenta diversas experiencias de participación popular en América Latina, Herzer y Pírez (1988:139) observan dos condiciones fundamentales para que ella ocurra:

- a) la existencia de organizaciones populares con cierta presencia al nivel local; y
- b) la ocupación de cargos en el municipio por partidos o individuos favorables a la participación popular⁵.

Concluyen indicando que de estas dos condiciones, la segunda es determinante: para que exista participación, es necesario que desde el gobierno local se tenga una actitud favorable. Esta conclusión nos parece muy importante porque muestra, en términos más amplios, que la relación entre sociedad civil y Estado no es dicotómica, sino que se fortalece mutuamente. En este sentido, Hinkelammert (1992:199) afirma que el Estado y la sociedad civil “están directamente coordinados, no hay sociedad civil si no hay un Estado que la acepte y que la fomente”.

Que se identifique dos formas tipo para incorporar a sectores sociales de la ciudad -democrática y autoritaria-, no quiere decir que una sola de estas formas prevalezca, ni que no se entremezclen. En este sentido, Pírez (1994) muestra que la ciudad, y sus procesos económicos, sociales y políticos, se mueven entre la ilegalidad y la legalidad, y entre el enfrentamiento y el consenso político.

Las políticas sociales

Las políticas de ajuste estructural, como vimos al comienzo, redujeron los salarios y los beneficios sociales, y aumentaron el desempleo. “Ahora la pobreza es un problema puramente económico. Una disfuncionalidad transitoria” que debe ser resuelta para asegurar el funcionamiento del mercado. Como señala Papadópulos (1994:23-24), este cambio tiene un impacto muy grande sobre la conceptualización de las políticas sociales; éstas que, desde la perspectiva desarrollista, eran “dere-

chos de ciudadanía”, ahora son “gastos públicos” y vinculadas al problema de la pobreza.

Cuando la política frente a la pobreza es la realización de inversiones dirigidas a aliviar la condición de los que la sufren, lo que hay tras ella es una definición de pobreza en términos absolutos: los pobres constituyen un estrato socioeconómico definido a partir de una medición (sea ésta de ingresos o de carencias). Esta conceptualización no considera la pobreza como una categoría social que sólo se puede definir en relación a otras; por ejemplo, la precarización de la inserción laboral de ciertos sectores sociales en comparación a otros o el colapso de los servicios públicos básicos (agua potable, luz) en unas partes de la ciudad y no en otras. La actual conceptualización de la pobreza y las políticas sociales orientadas a ella no consideran así la vulnerabilidad de ciertos sectores sociales en su relación a la invulnerabilidad de otros sectores. Y, así, no incorporan la resolución de conflictos sociales derivados de ella.

Existe una contradicción entre, por una parte, los propósitos de muchas propuestas de descentralización y fortalecimiento de lo local -que se expresan en un discurso de búsqueda de la identidad local: la ciudadanía- y, por otra, el transfondo intelectual de la tendencia actual de las políticas sociales que descartan la ciudadanía -los derechos civiles- y se plantean sólo como gasto social (Papadópulos 1994:27).

No existe una propuesta sobre el sentido de las políticas sociales en el marco de la democracia. Las nuevas políticas sociales de combate a la pobreza tienden a invocar la participación y la organización de los destinatarios. Sin embargo, como hemos mencionado, ellas no reconocen la posición relativa de “los pobres” frente a otros sectores sociales. Una propuesta democrática tendría que, como señalan Duhau y Schteingart (1994:37), “reivindicar e impulsar en el plano de la ciudadanía, el

ejercicio pleno de los derechos ciudadanos y la participación en la formulación y orientación de políticas públicas”.

El gobierno de la ciudad

Cuando nos enfrentamos a la pregunta respecto a cómo se resuelven los conflictos de sectores sociales en esta nueva escena urbana, la primera respuesta que surge es que de ellos se hace cargo el gobierno de la ciudad. Pero, al mirar la ciudad latinoamericana, nos encontramos con muy pocos casos de un “gobierno de la ciudad”, un gobierno metropolitano efectivo⁶. Muchos otros, sin embargo, ven en la institución del municipio, como instancia de gobierno en la ciudad, la capacidad de articular y conjugar las distintas demandas emergentes desde la sociedad civil, el mercado y el Estado. Así, asignan al municipio un rol protagónico en el desarrollo sustentable de las ciudades latinoamericanas.

Es cierto que los municipios han comenzado a tener más importancia política durante los últimos diez a quince años y que seguirán tomando más importancia en el futuro. Esta revalorización del municipio es resultado de los procesos de democratización experimentados en los años ochenta, de las reformas del Estado, de la descentralización y desconcentración administrativa, y de la aplicación de políticas sociales compensatorias para aliviar la pobreza, entre otras causas. El municipio latinoamericano, no obstante, no está consolidado, experimenta un proceso de cambio institucional. Con la descentralización se ha visto fortalecido en aspectos administrativos, pero frecuentemente el traspaso de competencias que ello significa, se ha hecho sin un traspaso correspondiente de autoridad efectiva ni acceso a recursos financieros adecuados. Con el proceso de democratización, se ha visto el comienzo de la creación de meca-

nismos de participación política y de participación ciudadana y comunitaria, pero con escasa capacidad de respuesta. Los municipios son instituciones generalmente débiles, de poco poder económico, político e ideológico, limitados en su autonomía, autoridad, legitimidad y capacidad de gestión. Y, a veces, con poca claridad sobre su rol en la vida política local de la ciudad. Los estallidos sociales ocurridos en distintas ciudades lo demuestran.

La perspectiva de gobernanza nos hace ver que el gobierno de la ciudad no está representado solamente por la institución de gobierno local. Coaliciones de diferentes actores sociales, del sector privado, de otras instancias de gobierno nacional e internacional y sus instituciones también influyen en cómo se gobierna, y a veces decisivamente. La distribución final de los costos y beneficios relacionados a la resolución de conflictos sociales depende de las capacidades que estas coaliciones e instituciones tengan para influir y actuar en el espacio público de la ciudad.

Entonces, ¿cómo se podría gobernar para efectivamente incorporar las demandas sociales emergentes en las ciudades? Es una pregunta difícil, porque no se puede responder sin un *empowerment* de la ciudadanía y un cambio y fortalecimiento institucional paralelos. Para ello es clave una comprensión de la vida política local, de tal manera que, tanto los cambios como los reforzamientos, tengan en cuenta los rasgos culturales y mecanismos de funcionamiento particulares de la sociedad local. Desconocerlos o ignorarlos es mala gobernanza, y crea problemas de gobernabilidad.

Notas

- 1 Este trabajo fue publicado bajo el nombre “Cities, democracy and governance in Latin America” en marzo de 1996 en la revista *International Social Science Journal*, N° 147.
- 2 Hemos utilizado la antigua palabra castellana “gobernanza” para traducir el término *governance* del inglés. Usamos “governabilidad” como equivalente a *governability*.
- 3 El World Bank (1993:2), define el término *governance* (para nosotros “gobernanza”) como “la manera en que se ejerce el poder en el manejo de los recursos económicos y sociales para el desarrollo”, refiriéndolo al poder de los gobiernos para definir y resolver las políticas relacionadas con el desarrollo. Nosotros consideramos el ejercicio del poder -la gobernanza- no como un atributo exclusivo de los gobiernos, sino también de la sociedad civil y del mercado. Por tanto, la forma en que el sistema resuelve los conflictos sociales y la distribución subsecuente de sus costos y beneficios depende tanto del régimen político, como del proceso de definición y toma de decisiones y de la capacidad para implementarlas y ejecutarlas. Es decir, que la distribución final de los beneficios y costos entre los actores del mercado, el Estado y la sociedad civil depende de cómo se gobierna, y de la distribución original del poder entre ellos.
- 4 Restrepo (1994:96) visualiza la democracia y el desarrollo “como un proceso inacabado, problemático, reversible, de múltiples instancias, y no como variables de cantidad y univocidad”. señala que en este contexto “gana terreno la ideología de los pactos sociales, la búsqueda de consensos, el reconocimiento de las especificidades y, por tanto, el derecho a la autonomía y a la participación”.
- 5 Herzer y Pérez (1988) observan que un rasgo particular de casi todas las experiencias participativas es su mayor vinculación con los ejecutivos municipales (alcaldes) que con los órganos representativos.
- 6 El Distrito Metropolitano de Quito, Ecuador, es el único caso de un gobierno metropolitano con definición de competencias y atribuciones.

Bibliografía

BRUNSTEIN, Fernando

“Descentralización de servicios urbanos, experiencias cooperativas de saneamiento en el Gran Buenos Aires”. En: *Actas de Coloquio CIUDAGUA Andina*. Quito: Ciudades Unidas, FMCU, 1991.

CEPAL

Panorama Social de América Latina. Santiago: Naciones Unidas, CEPAL, 1994.

COING, Henri

“Revisitando los servicios urbanos”. Artículo presentado al Seminario sobre Servicios Urbanos, REDES. Sao Paulo, 1990.

DÍAZ, Alvaro

“Restructuring and the New Working Class in Chile. Trends in Waged Employment, Informality and Poverty, 1973-1990”. United Nations Research Institute for Social Development, 1993.

DOUZANT, Denise y Laura FAXAS

“Equipements urbains et services de remplacement: le cas de Santo Domingo, République Dominicaine”. Communication pour le colloque de Toulouse des 27-29 novembre 1991: Grand Métropoles d’Afrique et d’Amérique Latine: équipements urbains et pratiques culturelles, 1991.

DUHAU, Emilio y Martha SCHTEINGART

“Gobernabilidad y pobreza a nivel local. México, Colombia y Centroamérica”. Seminario regional Global Urban Research Initiative (GURI), Hacienda Cusín, Otavalo, Ecuador, 1995.

GONZÁLEZ, Mariana

“Participación y movilización ciudadana: reflexiones e incertidumbres acerca de sus nuevas formas”. Artículo presentado en el seminario *Las Ciudades al 2000: Problemas Emergentes y Gobernabilidad*, organizado por el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, junio 1994, en Montevideo, 1994.

HEILBRONER, Robert

Twenty-First Century Capitalism. Ontario: Anansi, 1992.

- HERZER, Hilda y Pedro PÍREZ
 “Vida política local y construcción de la ciudad en América Latina”. En: *Estudios Sociales Centroamericanos* (San José) 52:127-144, 1988 .
- HERZER, Hilda
 “Ajuste, medio ambiente e investigación. A propósito de la ciudad de Buenos Aires”. En *FUNDASAL, Habitat y cambio social*. Salvador: FUNDASAL, 1992.
- HINKELAMMERT, Franz
 “Nuevo rol del Estado en el desarrollo latinoamericano”. En: Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción ALOP, *Nuevo rol del Estado en el desarrollo latinoamericano*. Caracas: ALOP, 1992.
- INFANTE, Ricardo, ed.
Deuda social; desafío de la equidad. Santiago: PREALC, OIT, 1993.
- MONTAÑO, Iraida y Henri COING
 “Las cooperativas de agua en Argentina. Un cuestionamiento a las formas de gestión tradicionales”. En: *Actas de Coloquio CIUDAGUA Andina*. Quito: Ciudades Unidas, FMCU, 1991.
- NUNES, Edson
 “Conclusión”. En: Alfredo Rodríguez y Fabio Velásquez, eds. *Municipio y servicios públicos. Gobiernos locales en ciudades intermedias de América Latina*. Santiago: Ediciones SUR, pp. 185-205, 1994.
- PAPADÓPULOS, Jorge
 “Pensamiento social e intervención pública: pobreza, políticas sociales y democracia”. Artículo presentado en el seminario *Las Ciudades al 2000: Problemas Emergentes y Gobernabilidad*, organizado por el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, junio 1994, en Montevideo, 1994.
- PÍREZ, Pedro
 “Gobernabilidad/gobernanza y pobreza en la ciudad (una película con final abierto)”. Artículo presentado en el seminario subregional de GURI, Pobreza Urbana y Gobernabilidad, organizado por Centro de Estudios Sociales y Educación SUR, julio 1994, en Santiago, 1994.

PREALC

Empleo y transformación productiva en América Latina y el Caribe. Documentos de Trabajo/369 (Santiago, PREALC), 1992.

REILLY, Charles A., comp.

Nuevas políticas urbanas. Las ONGs y los gobiernos municipales en la democratización latinoamericana. Arlington: Fundación Interamericana, 1994.

RESTREPO, Darío

“Aspectos espaciales de la reestructuración: Descentralización y apertura”. *Revista EURE* (Santiago), Vol. 20, N° 59: 93-109, 1994.

RODRÍGUEZ, Alfredo

“Cuatro historias de servicios públicos en América Latina y una explicación”. Ponencia presentada en el seminario Servicios Públicos en Ciudades de América Latina, Universidad de Valencia, abril 1991, Valencia, 1991.

RODRÍGUEZ, Alfredo

“Conferencia electrónica sobre descentralización”. Ponencia presentada en el seminario taller Descentralización y Políticas Sociales en América Latina, noviembre 1994, Quito, 1994.

SASSEN, Saskia

Cities in a World Economy. Thousand Oaks: Pine Forge Press, 1994.

SCHVARZER, Jorge

“Cambios de largo plazo en la estructura productiva industrial y sus efectos sobre la evolución urbana”. Artículo presentado en el seminario Pobreza Urbana y Gobernabilidad, organizado por Centro de Estudios Sociales y Ambientales (CESA), marzo 1994, en Buenos Aires, 1994.

TENTI FANFANI, Emilio

“Argentine: la décentralisation des politiques sociales”. *Problèmes d 1 Amérique latine* (Paris) 12: 65-77, 1993.

THE WORLD BANK

Governance: The World Bank Experience. Washington: World Bank, 1993.

La urbe como espacio infeliz

*Hernán Neira*¹

Resumen

Inspirándonos en el análisis de la imagen del espacio feliz hecho por Gaston Bachelard, hacemos un análisis de la imagen del espacio infeliz y estudiamos su relación en el concepto de espacio en la ciudad. Para ello distinguimos entre polis (comunidad de vida) y urbe (conglomerado humano con vínculos volumétricos) y vemos cómo la ciudad actual está más cerca de la imagen de urbe que de la de polis. Ello genera un tipo de angustia específica, la angustia urbana, tal vez suelo ignorado de la angustia analizada por la filosofía existencial. En la urbe se permanece metafísicamente libre, pero humanamente preso, por el hecho de que las libertades no se ponen de acuerdo.

Based upon Gaston Bachelard's analysis on the image of the "happy space", we analyse the "unhappy space" and we study its relation with the image of city space. We distinguish between polis (life's community) and the latin word "urbs" (human conglomerate linked by volumetric relations) and we establish that the contemporary city is more closed to the image of "urbis" than to the image of polis. This generates a specific kind of anguish, the urban anguish, that might be the unveiled ground of the anguish analysed by the existential philosophy. In the city one is metaphysically free, but humanly prisoner, because everybody is free, but there is no agree on what to do with freedom.

¡Oh, cúmulo de angustias!, parece escucharse como eco al oír la palabra ciudad, al menos entre filósofos de ciudades de las que ya no se sabe dónde comienzan, dónde terminan, ni menos a dónde van (como lo son muchas de las grandes urbes latinoamericanas). ¿Cuál es la naturaleza espacial de la ciudad en lo relativo a la felicidad y la infelicidad? ¿es la angustia una condición del ser humano como tal o del ser humano en la urbe, vale decir, de un tipo particular de existencia surgido hace algunos milenios en oriente y hace algunos siglos en Europa y América?² ¿podemos describir qué aspectos de la ciudad contribuyen de manera esencial a ello? Presuntuoso sería intentar responder todas esas preguntas. Sin embargo, creemos que es posible dar algunas pistas para que otros puedan hacerlo. Con esa finalidad, es útil examinar brevemente qué dice la tradición griega sobre el concepto de ciudad y qué dice la filosofía contemporánea sobre el espacio feliz.

Polis, en la filosofía de Aristóteles quiere decir, sobre todo, ciudad, en el sentido de comunidad y unidad políticas, así como lugar moral de realización de las virtudes ciudadanas³. Para Aristóteles, la comunidad primaria está constituida por la familia. Varias familias constituyen un pueblo o aldea, y varias aldeas una ciudad. Una comunidad política es entendida por Aristóteles como una comunidad autosuficiente, “y así, habiendo comenzado a existir simplemente para proveer la vida, existe actualmente para atender a una vida buena. De aquí que toda ciudad-estado existe por naturaleza en la misma medida en que existe naturalmente la primera de las comunidades”⁴.

Esa autosuficiencia es la finalidad de la ciudad o de la comunidad política. Lo relativo a la ciudad no se define por la espacialidad ni por un tipo de construcción ni distribución de funciones urbanas. Tampoco debe entenderse en el sentido de autosuficiencia de energía,

provisiones y servicios, sino como logro moral en un sistema de relaciones donde las más altas virtudes de los hombres libres pueden tener lugar, lo que supone cierto bienestar económico, pero que no se define por éste y que incluso este mismo puede anular. Autosuficiencia es aquí la plena realización del ser humano, lo que en Aristóteles supone el ejercicio de la previsión racional, de la participación en el destino de la comunidad y ocio para no estar sometido a exigencias contrarias a dicho ejercicio. Lo que es autosuficiente es el sistema de relaciones, costumbres y valores, que no requieren de intervención externa o de importación de costumbres foráneas para que los hombres alcancen la virtud. En otras palabras, la ciudad aristotélica es un tipo de vínculo entre los hombres, acordado libremente, de tal manera que gracias a ese vínculo se pueden realizar, sin intervención de terceros, las funciones políticas, morales, económicas y domésticas sin las cuales el hombre, aunque viva en sociedad, no puede ser feliz. Sólo algunas de estas funciones tienen que ver con la construcción y la habilitación material de espacios domésticos, laborales y públicos, pero no puede pensarse que ello sea lo esencial de la ciudad (polis) aristotélica.

No desconocemos que ésta subsiste en parte gracias a los esclavos, marginados del espacio de libertad, del ocio y de lo que el estagirita considera la realización de las virtudes más propiamente humanas, pues para Aristóteles la virtud del esclavo consistiría en obedecer a un amo sabio que le conduzca a un bien que por sí sólo no podría alcanzar. Con todo, hay autores que inspirados en Aristóteles, pero alejándose de él, han entendido la noción de ciudad casi exclusivamente en el sentido de sistema de relaciones morales y costumbres libremente acordadas, es decir, como polis que no excluye a ninguno de sus miembros y en la cual no hay esclavos. En el siglo XVI Francisco de Vitoria ve en las ciudades indíge-

nas comunidades autosuficientes que no necesitan de los españoles para gobernarse moralmente y llegar a ser virtuosas, aun cuando el tipo de gobierno de la ciudad indígena sea distinto del español⁵. En ese sentido, a diferencia de lo que entendemos hoy por ciudad, no existen en Aristóteles, ni en Vitoria⁶, indicios de que la ciudad sea impedimento para que las funciones políticas, morales, económicas y domésticas puedan realizarse o para que una de ellas se realice en detrimento de las demás, como sucede en las ciudades actuales. Por eso, una imagen de ciudad de inspiración aristotélica, con exclusión de lo que el estagirita piensa del rol de los esclavos en ella, puede ser una imagen de espacio feliz, con aspectos semejantes a los que se integran en la imagen de casa tal como la definirá Bachelard veinticuatro siglos más tarde.

En *La Poétique de l'espace*⁷ Gaston Bachelard centra su reflexión en la casa y sus objetos interiores con el fin de poner de relieve la imagen poética del espacio bajo el signo del hombre feliz. Para Bachelard, la casa, y no la ciudad, es el lugar de la imagen espacial feliz. La búsqueda bachelardiana de imágenes de espacios felices era parte de una polémica con el psicoanálisis, cuyo objeto de trabajo también habría sido, según él, las imágenes, pero en lugar de imágenes felices, imágenes de desgracia y sufrimiento propias de un hombre infeliz. Bachelard se proponía analizar imágenes que no fueran vividas y que hubiesen sido creadas por la imaginación poética, superando la felicidad o la pena de quien las crea. Bajo inspiración kantiana y fenomenológica, concebía la imagen como el sobrepasamiento de todos los datos de la sensibilidad y buscaba describir las imágenes del espacio feliz sin preocuparse de si lo era o no quien las creaba. No le interesaba fundamentalmente lo existente y lo presente sensible, ni lo pasado, pues, como decía él: “la imaginación, en sus acciones vivas, nos separa a la vez

del pasado y de la realidad. Se abre hacia el futuro. A la *funcion de lo real*, instruida por el pasado, [...] hay que agregar una función irreal igualmente positiva”⁸. Para Bachelard, la función irreal de la imagen del espacio feliz viene a seducir, inquietar y despertar aquello que ya es. Pero no se trata aquí de la inquietud temible, de la catástrofe o de la situación límite, sino de:

“imágenes bien simples, las imágenes del espacio feliz [...] que tienden a determinar el valor humano de los espacios de posesión, de espacios prohibidos contras las fuerzas adversas, espacios amados”⁹.

En muchos casos Bachelard sitúa la imagen del espacio feliz en ambientes aparentemente hostiles, como la soledad de una casa en la tormenta. Sin embargo, la hostilidad del paisaje no hace mella en la beatitud de la imagen de espacio feliz e incluso puede contribuir a su constitución. Para Bachelard, el cosmos se opone a la casa, pues una de las estructuras básicas de las imágenes del espacio feliz es la oposición casa versus no-casa, es decir, casa versus mundo. La imagen de casa se construye oponiéndola a la de mundo y a las fuerzas naturales, pero se trata de una oposición que contribuye a constituir la naturaleza moral del ser humano, no de una oposición de indiferencia. A propósito de unos versos de Rilke, quien escribe de una casa que es “envuelta por los brazos de una tormenta”, Bachelard comenta que casa y universo están en una relación de oposición y de simple yuxtaposición. “La casa capitaliza sus victorias contra el huracán”, comenta¹⁰. La resistencia de la casa contra la tormenta es un valor humano, una especie de cuerpo humano bajo el cual cada uno abraza su cuerpo contra la tormenta. La tormenta es una agresión animal, pero contra ella la casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano”¹¹, su protección y resistencia se

convierten en valores humanos, con lo cual la casa humanizada se convierte en un instrumento para afrontar el cosmos. Por eso Rilke, según Bachelard, hablaría sin angustia de la casa bajo el mal tiempo, pues esa casa solitaria es un espacio tan feliz o más que la ciudad (recuérdese que el efecto de una tormenta en época de Rilke es bien distinto del actual).

Bachelard tiene razón al afirmar que en la imagen de casa los distintos componentes del siquismo humano encuentran un lugar propio y que por lo tanto sirve de modelo para la integración psicológica. En las imágenes del espacio feliz se integran todos los niveles del siquismo, de modo que un ser humano se puede reconocer por entero en ellas, sin necesidad de disgregarse, de escindirse o de reprimir ciertos aspectos de la personalidad.

Las imágenes del espacio no son sustituto de espacios reales, pues no pretenden estar en lugar de ellos ni son significantes de algo ausente, como sería si entendiéramos lingüística o psicoanalíticamente el trabajo de Bachelard. Las imágenes del espacio feliz se valen por sí mismas y son lugar de integración síquica imaginaria, pero no falsa, pues cabe hacer de ellas una descripción eidética, una especie de ontología fenomenológica de los espacios imaginarios, tal como se podría hacer de los espacios reales.

El sentido clásico de la noción de ciudad ha tendido a desaparecer de las imágenes de la ciudad moderna para ser absorbido por el significado de la palabra urbe, que no en vano el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia de la Lengua¹² vincula con las ciudades populosas, o sea, con cantidades de población y de edificios más que con la realización de un tipo de vida (aunque lo populoso traiga consigo una manera de vivir). Es decir, en algún momento de la historia empírica y de la historia de la filosofía se produce una derivación

del concepto de ciudad desde la noción de polis hacia el concepto de urbe, perdiéndose el sentido del espacio moral donde se realizaban las virtudes de los hombres libres para adquirir el de aglomerado indiferente a los seres humanos y sus virtudes. Como aglomerado, la gran ciudad contemporánea no es autosuficiente en materia política, moral y económica, aspectos que relega al Estado o a la vida doméstica. La gran ciudad contemporánea confía en el Estado para resolver la mayoría de los conflictos morales y proveerla de un marco político-jurídico dentro del cual las municipalidades puedan resolver los conflictos espaciales, y relega al campo doméstico la realización de la felicidad y de la virtud. La gran urbe elimina de su espacio el espacio de realización de la comunidad de vida humana y de vínculo moral de cada persona respecto de las demás para sustituirlos por una relación de contigüidad: los ciudadanos están todos juntos físicamente, pero desunidos moralmente. En la imagen de urbe los seres humanos se integran sin vínculo interno, tan sólo por la separación a que les obliga un espacio geométrico, sin intensidad, profundidad ni moralidad y donde, siguiendo las leyes de la geometría euclidiana, dos volúmenes no pueden ocupar el mismo lugar. De ahí que en la imagen de la urbe cada uno quita el lugar al otro, en vez de contribuir a que todos tengan su sitio en el mundo, como sucede cuando la ciudad es entendida como polis, como comunidad.

La urbe ha dejado de ser el lugar de reunión natural de los hombres virtuosos para convertirse en lugar de degradación o al menos de peligro moral. En la época actual existe una tendencia a centrar lo moral en la vida doméstica, espacio físico y moral en el cual siempre hay posibilidad de salvación, sin importar lo que suceda afuera. Con ello, la vida privada, no entendida como actividad productiva sino en tanto vida doméstica (lo doméstico no es sinónimo de lo privado), aparece como el

lugar natural de la integración síquica y moral del hombre: allí se dan la solidaridad, el amor y el respeto mutuo. En la urbe, en cambio, se da la indiferencia, las relaciones utilitarias y la violencia, moral o física. Bachelard, influido (probablemente sin saberlo) por la noción de urbe, ve la imagen de la felicidad y de la virtud no en la ciudad, sino en la vivienda familiar, rural o urbana, pero en todo caso sin integración arquitectónica con otras viviendas, con la ciudad o con la urbe, ya se la entiende como ente moral o espacial. En ese sentido, el “fallo” de la poética del espacio bachelardiano es no concebir la posibilidad, ni siquiera como pura imagen, de un espacio público feliz, donde los vínculos que permiten la felicidad y la plena realización moral sobrepasan la esfera doméstica para alcanzar la esfera de lo público y del espacio generado por multitud de viviendas, servicios y lugar de circulación y esparcimiento propios de una ciudad¹⁵.

Bachelard sólo concibe la imagen del espacio feliz en la vivienda unifamiliar aislada, a pesar de que los versos en los cuales rastrea esta imagen pertenecen a poetas que vivieron en épocas de amplio desarrollo de las ciudades. Sus imágenes de espacio feliz corresponden a una vivienda preferiblemente campestre o con grandes jardines. Ahora bien, imaginar un espacio feliz con jardín es una forma de integrar la ruralidad a la imagen del espacio urbano, pues es propio de la imagen de lo rural la presencia de grandes espacios verdes y cierto nivel de aislamiento de las viviendas. La casa bachelardiana es indiferente a la urbe, cosa que es fácilmente comprensible, teniendo nosotros que lamentar el hecho de que el filósofo francés no vea la relación natural de la casa y la polis. Por cierto que a nivel de imágenes espaciales, casa y urbe se oponen, aunque en la realidad subsistan casas en medio de la urbe, sin que por ello se integren en la imagen de un espacio feliz. Ello es comprensible, pues la

imagen de casa y la imagen de urbe son incompatibles, del mismo modo que resulta incompatible un lugar de integración de las virtudes humanas respecto de otro que las desintengra. Con todo, queda por explicar en Bachelard dos cosas: que no perciba la compatibilidad de la imagen de polis (en la medida que la polis se opone a la urbe) respecto de la de casa (ambas son además compatibles en la realidad), y que no estudie la imagen de espacio urbano infeliz, poético o no, lo que para nosotros hubiera sido de gran relevancia, pues la imagen de la gran ciudad es hoy, sobre todo, la de un espacio infeliz.

En la actualidad, la imagen de la ciudad fortalece su aspecto espacial en detrimento del moral, es más urbe que polis¹⁴. Con todo, la urbe no renuncia a la ambición griega de ser dueña de su destino, pues no renuncia del todo a ser polis. Ahora bien, mientras que en la ciudad moderna la búsqueda del destino moral produce angustia, en la antigüedad clásica es fuente de plenitud síquica y metafísica (las que a veces son alcanzadas tras grandes conflictos). La angustia que forma parte de la imagen de ciudad contemporánea no proviene tanto del simple hecho de que en ella haya conflictos, sino de que es imposible escapar a los conflictos a pesar de que, además, su resolución no lleva a una plenitud síquica, moral o metafísica, como sucedía con el conflicto trágico griego. Los conflictos de la urbe no llevan a la catársis, sino al mero enfrentar un nuevo conflicto. En la imagen de la ciudad contemporánea los conflictos son individuales (aunque sus causas sean colectivas) y nunca llegan a ser gradiosos. En la ciudad no se muere heroicamente, sino atropellado como un perro; en la ciudad no se llega tarde porque un *daimon* interrumpa la marcha, sino porque se pierde horas en un embotellamiento. Los conflictos que forman parte de la imagen de la urbe contemporánea no son nunca comunitarios, sino a lo

más colectivos, pues no es lo mismo un grupo de personas con identidad unitaria y simpatía entre sus miembros, que un grupo que se encuentra forzosamente unido por la falta de espacio, como en un ascensor, y que llama a éste, por su tamaño, urbe.

En la imagen de urbe existen medios infinitos para ser feliz, pero en ella la felicidad permanece siempre inalcanzable. En la imagen de la ciudad moderna se produce una contradicción consistente en que los medios técnicos para decidir un destino son más abundantes que nunca (planificadores, estadísticas, medios económicos, etc.), pero las posibilidades de realizarlo son quizás menores que en imágenes de la ciudad antigua. La dificultad de realización no proviene de fuerzas externas. La ciudad como lugar de realización moral no se debilita por enfrentarse a enemigos que quizás quieran destruirla, sino que incluso se fortalece ante ellos, como lo demuestran la estatua de Rodin *Los Burgueses de Calais*, que representa a un grupo de notables que tras una deliberación de los prohombres de la ciudad deciden entregarse para que Calais no sea arrasada por los británicos; o los efectos de cohesión de muchas ciudades inglesas bajo la presión de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial. Es más, el existencialismo, al menos el sartreano, tiene razón cuando insinúa que la moral nunca ha sido puesta en peligro por conflictos morales, pues el suelo fértil para la moral es justamente el de la tentación de ser inmoral. En cambio, la imposibilidad en que se encuentra la imagen de la urbe, especialmente la urbe latinoamericana, de realizar su destino, proviene de fuerzas que ella misma ha generado, pero que no se sitúan en un plano moral. En la imagen de ciudad contemporánea hay un anhelo de autodeterminación, lo que supone la práctica de ciertas virtudes públicas, pero siendo la urbe el lugar del simple vínculo externo y espacial, como el que se produce en un ascen-

sor, y siendo además el lugar de la repetición, más que el de la síntesis, no puede practicar virtud alguna porque en la relación de repetición cada uno se determina en función de los demás, comportándose cada cual como si fuera el otro¹⁵. Este entregar al otro la responsabilidad de mi destino es una forma de evacuar la moral, del mismo modo que en un ascensor se sale segundo porque otro ha salido primero, no porque alguno de ambos haya elegido salir antes. En el ascensor, como en la ciudad, cada uno de los que suben se deja determinar en su orden de entrada respecto de los demás por la simple relación volumétrica. En la imagen de la urbe los ciudadanos descubren su libertad como imposibilidad de autogobierno urbano y como desintegración síquica, por haber transformado el espacio moral en un espacio de volúmenes. He sabido que para oponerse a esa tendencia Fernando Castillo Velasco¹⁶ comenzó alguna vez sus clases de arquitectura mostrando un ladrillo y preguntando a la sala: “¿qué es esto?”. Los alumnos le respondieron: “un ladrillo”, “arcilla”, “material de construcción”, etc., hasta que él les dijo: “no; están todos equivocados, esto es vida”, mostrando así el paso de la materia geométrica a la materia humana.

Una de las características de la imagen de la ciudad actual, especialmente de la latinoamericana, es que la urbe no gobierna lo que crea. Ahora bien, lo que crea no es diferente a sí misma y quizás en ello resida el motivo de no poder gobernarlo. La urbe se autogenera y reproduce en unidades idénticas por medio de segmentos que carecen de relación, de modo que se les saca y pone como si se tratara de simples volúmenes, a diferencia de los seres vivos, que se reproducen mediante unidades especializadas que contribuyendo todas a un mismo fin, aunque no se lo hayan propuesto¹⁷. La ciudad es tal vez la institución cultural de la que más masivamente se hace uso, habiéndose llegado a tal familiaridad con ella

que ya nadie se da cuenta de que la organización de las costumbres en el espacio no es un asunto de volúmenes y de materiales de construcción, sino de opciones culturales. Este hecho ha sido olvidado, de ahí que las ciudades enfermen y queden segregadas de su matriz moral y de su pasado comunitario, los cuales quedan fuera de la imagen de urbe. La urbe de hoy no teme la arbitrariedad de un señor que quiera someterla, ni ser presa de caciques indígenas que la incendien, ni de las *jacqueries* que asolaban algunas ciudades después de la revolución francesa; la urbe contemporánea se teme a sí misma porque teme un crecimiento que no sabe detener y ya no sabe ser ciudad en tanto polis.

Polis y urbe son conceptos contradictorios, los que sin embargo pueden ser comprendidos bajo la noción genérica de “ciudad”. Construida bajo el ideal de aplacar los peligros que asolaban las comunidades aisladas y como instrumento de concentración de poblaciones en épocas en que el Estado no encontraba otros medios de controlarlas¹⁸, la urbe ha transmitido los peligros de la situación de aislamiento a la situación de aglomeración, sólo que el origen de las amenazas ya no proviene del exterior. La urbe contemporánea ha excluido de sí misma la virtud, no tanto porque sea “mala”, ni porque sea un antro de perversiones, sino porque la virtud no es parte de los componentes esenciales del concepto actual de ciudad, y porque los criterios morales de opción por un destino han sido sustituidos por las “técnicas” de planificación, una de cuyas finalidades es evacuar la noción de destino. Lo que se llama técnica es en una opción ideológica caracterizada por la reducción de los fines posibles a un pequeño espectro y que tiene, entre otras características, la de hacer creer que la libertad es innecesaria para resolver los problemas fundamentales del hombre y de la ciudad. Ahora bien, no es por eso que un ejército de planificadores priva a la ciudad de su desti-

no, sino porque a pesar de ellos, a veces por culpa de ellos y otras contra ellos, la urbe se reproduce según un concepto carente de las virtudes de la polis y como producto material, como espacio de aglomeración, no como lugar de encuentro o de vida moral. No es porque la técnica haya reducido a uno sólo los destinos posibles de la ciudad que en ella no hay libertad (ya que tal destino único pudo haber sido elegido responsablemente), sino porque un destino único se ha impuesto sin ser jamás elegido. La posibilidad de un acuerdo de libertades ha desaparecido de la imagen de ciudad sin por ello haber desaparecido la noción de libertad, la que subsiste en la imagen de ciudad como irrealizable absoluto, como utopía.

Si en Bachelard la imagen poética de la casa se convierte en un instrumento de análisis del alma humana feliz, integrada y virtuosa, la imagen de ciudad, en especial la latinoamericana, puede ser instrumento de análisis del alma desgraciada, al menos si aceptamos que el hallarse desprovisto de virtud es una desgracia. La novela y el cine (*Metrópolis*, *West Side History*, *Farenheit 451*, *Blade Runner*) han producido múltiples imágenes del espacio infeliz, pero este no equivale en la mayoría de los casos a la ciudad decadente ni a barrios marginales de la ciudad actual. Sorprende que para representar la urbe en desgracia se haya acudido tanto a imágenes futuristas de ciudades de países del norte, siendo que en algunas ocasiones hubiera bastado con representar imágenes de algunas grandes urbes con componentes latinoamericanos. Muchas de las imágenes cinematográficas de la urbe como prototipo del espacio infeliz son imágenes de ciudades que han extremado el afán de ser dueñas de su destino mediante técnicas y medios económicos con los que se espera evitar los antiguos peligros del aislamiento rural (robos, dificultad de transportes, etc.) o las amenazas provenientes de la naturale-

za (frío, oscuridad, etc.). La urbe creada en las imágenes de las películas antes mencionadas o la que ha surgido en algunas capitales latinoamericanas busca evitar el peligro de la ruralidad y de la incertidumbre, pero en su afán crea peligros similares a aquellos de los que desea escapar. La creación de esos peligros, que son netamente urbanos, no corresponde a fracasos del modelo de la urbe actual, sino a su modelo de perfección en una corriente que no la concibe como lugar de realización de virtudes, sino como espacio, como materia y, en especial, como materia funcional e *iterable*. Su supone entonces que la funcionalidad aumenta por simple construcción repetida de algunos de sus componentes en terrenos hasta entonces sin urbanizar.

Ya sea que hablemos de la urbe imaginaria o de la real, aunque de ningún modo ideal, la gran urbe no despierta de modo espontáneo una imagen de felicidad, ni de virtud ni integración. Es posible que algunos filósofos hayan confundido la angustia de la ciudad con una angustia metafísica propia de la condición humana, de modo que al describir la esencia de la angustia describían uno de los componentes de la esencia de la vida urbana. Nos parece válido el postulado existencialista según el cual es posible trascender desde el análisis de cualquiera de las actitudes humanas a las estructuras esenciales del hombre¹⁹. Por ello, es posible que analizando la angustia urbana se llegue a describir la estructura esencial de la angustia. Con todo, sigue vigente la pregunta de si una angustia como la descrita por Sartre o Heidegger es una estructura esencial del ser humano en cualquier condición o bien una estructura exclusiva del vivir en la urbe.

La angustia que genera la ciudad proviene de ofrecer por un lado el sentimiento de que el ser humano es completamente libre en su hábitat, habiéndose desligado de dependencias del mundo rural y de los rigores del

clima, y, por otro, de entregarle la libertad como imposibilidad de acuerdo de las voluntades y como ingobernabilidad de la aglomeración. La impotencia no proviene de fuerzas invencibles externas, la impotencia proviene del hecho de que se sabe que la libertad de cada cual es ilimitada y perfectamente autónoma, razón por la cual la aglomeración es ingobernable. La fuerza interna constituida por la libertad de cada cual sin acuerdo con las demás libertades se convierte en una fuerza externa ingobernable para los demás.

Analizada filosóficamente y teniendo presente el modelo de la ciudad aristotélica, en la imagen de ciudad (en cuanto es urbe) se permanece metafísicamente libre, pero humanamente preso, y preso justamente porque en ella se manifiesta más que en otros espacios la condición libre del hombre como posibilidad que ya no se puede realizar. Si la ciudad y sus miembros carecen de destino, no es porque se les lleve inexorablemente hacia un destino determinado, sino porque siendo libres para elegirlo e incluso para realizarlo, se permanece en ella en un situación de desintegración que impide ponerse de acuerdo sobre el destino o al menos hay una situación en la que de hecho no hay acuerdo sobre él. En la imagen de la urbe la planificación ha eliminado la incertidumbre relativa a la búsqueda del destino. En la gran urbe siempre hay luz para saber por dónde se camina; por eso, en lugar de la incertidumbre que asolaba a los primeros poblados españoles en América, hoy se sabe con certeza que el destino de algunas grandes urbes americanas es la infelicidad. El desacuerdo conduce a la totalidad de los ciudadanos a un lugar al que nadie quiere ir, sobre todo porque se ignora en qué consiste (aunque se conozca su carácter infeliz) y, sin embargo, todos van por ese camino porque la misma libertad que les permitiría evitarlo, les impide generar el acuerdo para hacerlo. La situación es absurda, no porque el ab-

surdo niegue la libertad, sino porque el absurdo surge sobre el campo de una libertad frustrada por la libertad misma. Las libertades que permitirían, en principio, conducir la ciudad, se comportan bajo el supuesto de que la ciudad es ingobernable y que por tanto es mejor renunciar a tal gobierno tolerando que cada cual haga en ella lo que quiera. Porque otra de las características de la urbe contemporánea es que ella asegura el respeto de la diversidad. La urbe es fruto de un prolongado trabajo de tolerancia en el que se ha aprendido a vivir con personas disímiles, y en la cual la tolerancia se transforma imperceptiblemente en indiferencia. Al atribuir al espacio doméstico las virtudes del espacio público, se da por supuesto que en el primero existe una auténtica realización moral. Pero una de las diferencias entre el espacio privado y el doméstico como lugar de realización moral, es que en el primero cabe la realización moral en medio de la indiferencia hacia quienes no son miembros del grupo de parentesco, mientras que en la ciudad, entendida como polis, sólo hay realización moral y por lo tanto realización plena de la humanidad cuando se sobrepasa el cuidado por el círculo de parentesco hacia el cuidado por comunidad y los asuntos públicos. En ese sentido, la afirmación aristotélica de que no hay nobleza en el dar órdenes domésticas²⁰, aunque resulte hoy un poco extrema, puede servir de inspiración en la medida que recuerda la importancia que tiene la participación en los asuntos de la polis para la plena realización del ser humano, así como la imposibilidad de alcanzar una realización plena exclusivamente en el ámbito doméstico y familiar.

Uno de los componentes de la urbe como imagen del espacio infeliz es que en ella existen espionaje y denuncia en distintos niveles, desde el inofensivo hasta el más grave (recuérdese, por ejemplo, la novela *El jardín de al lado*, de José Donoso; *El Proceso*, de Kafka; o la pe-

lícula *Vista desde la ventana*, de Hitchcock y *Los Golfos*, de Carlos Saura). Pero espionaje y denuncia no forman parte de las virtudes domésticas ni tampoco públicas de la ciudad. La indiferencia por un lado y el monocultivo de formas y paisajes urbanos por otro, promueven la existencia de esquinas olvidadas fácilmente usables como cobijos para aquellos que sobrepasan los límites de lo que se considera permitido. ¿Es concebible una polis sin cobijos? Difícilmente. En la imagen de la urbe también hay lugares donde esconderse, sobre todo haciéndose uno más entre los demás, pero no hay guaridas construidas con el fin de cobijar; la funcionalidad, la indiferencia y el monocultivo de la urbe excluyen la construcción de escondrijos, pero en el cumplimiento de su funcionalidad deja lugares tan muertos, desatendidos o repetitivos que se convierten en escondrijos superando todo esfuerzo planificado por negarlos.

Sucede, con la urbe, como con las máquinas; hay mecanismos que ya nadie cuida u observa porque nunca fallan. Habiendo infinidad de mecanismos, el fallo de uno pasa desapercibido, tanto más cuanto los demás funcionan y, globalmente, la máquina cumple su fin. Donde mejor es posible esconderse en una urbe sin cobijos es en los puntos de máxima funcionalidad e indiferencia, ya sea mimetizándose o simplemente esperando que en un momento falle o caiga en el olvido, porque alguno de los núcleos de hiperfuncionalidad siempre termina fallando o siendo olvidado. La hiperfuncionalidad, pues, tiene dos caras: por un lado, tiene escasas fallas y es fiable y, por otra, sus fallas son siempre absurdas e impiden el uso de la libertad, sin anularla (embotellamientos porque todos hacen uso de su libertad individual en el espacio hiperfuncional de la vía rápida, pero no se ponen de acuerdo comunitariamente para usarla o preferir vías alternativas). Cuanto más intenso ha sido el esfuerzo por eliminar los escondrijos para lo

imprevisto, más los valoran quienes tienen necesidad de ellos haciendo de esquinas, túneles, recovecos, estacionamientos, poblaciones de viviendas idénticas (en las cuales se niega todo síntoma de identidad) y basurales (morales y materiales) lugares privilegiados. En la imagen de la ciudad caben más refugios para lo sórdido que para lo conspicuo, pues este último se encuentra en ella siempre amenazado, nunca tan protegido como pudiera estarlo en un ambiente rural, aunque allí no logre los beneficios inherentes a su naturaleza: el hacerse admirar. Los refugios para lo sórdido, en cambio, se generan espontáneamente en los espacios disfuncionales a fuerza de funcionalidad, neutros u olvidados por la reiteración indefinida del monocultivo urbano. Ese monocultivo, que tan decididamente intenta doblar la flexibilidad de las formas más organizadas del habitar cobija lo sórdido, por una parte, físicamente por consecuencia imprevista de la *interacción* infinita de las formas urbanas, y por otra, lo cobija moralmente por el hecho de que al excluir ciertas formas de ocupar el espacio, las convierte en prohibidas y las hace sórdidas en relación al patrón de habitabilidad preestablecido. El vagabundo y el ocupante del espacio sin derechos contractuales son proscritos de la imagen de urbe por la misma voluntad que intenta enaltecerlos asignándoles espacios planificados, contradictorios muchas veces con la naturaleza del ocupante “sin casa” y contradictorios siempre con la naturaleza del vagabundo. La imagen de urbe integra a los proscritos y vagabundos asignándoles lugares funcionales no elegidos por ellos, de los que por cierto éstos no hacen uso por no destruir su esencia. La esencia del vagabundo es el ejercicio de una libertad inestable y en permanente movimiento. Entre ésta y las opciones fundamentales mediante las cuales la urbe le asigna espacios fijos e *iterables* no hay conciliación alguna. Las opciones fundamentales de la urbe se establecen sin que

nadie las haya establecido nunca deliberadamente, dotándose de una fuerza pública para asegurarse la llegada a ese destino aceptado pero nunca elegido, y del que el vagabundo intentará sustraerse siempre.

Ahora bien, si los anteriores no son peligros urbanos mayores, pues ya se les tiene previsto un destino “técnico”, sí lo son las perversiones. La perversión más sofisticada encuentra su lugar natural en la urbe, sin que ningún policía ni ley puedan ponerle coto, no porque no existan ni la policía ni la ley, sino porque la hiperfuncionalidad de la urbe ofrece escondrijos inimaginables que se sustraen al destino al que la urbe se conduce sola. La perversión es uno de los componentes esenciales de la urbe como imagen del espacio infeliz. Las perversiones nunca son únicas en la ciudad; en la imagen de las perversiones que pueden existir en la urbe cada caso singular pone de manifiesto que hay muchos más, sin duda alguna demasiado escondidos para ser detectados, pero con toda seguridad existentes. El perverso nunca es único en la urbe, pero siempre está solo, y así se ve él mismo en la imagen que tiene de la urbe. Sabe que en ella nunca encontrará ayuda, pero en contrapartida a la imposibilidad de generar una banda solidaria, encuentra protección en la indiferencia. La indiferencia urbana es en parte consecuencia de la contracción de las virtudes ciudadanas a lo doméstico. El perverso sabe que encontrará múltiples formas de connivencia hacia perversiones menores y que las mayores pasarán desapercibidas en la indiferencia. Y además, si se le llegara a descubrir y castigar, encontrará a muchos como él en la cárcel, cuya forma de vida interna queda fuera de la imagen de la urbe (no así su exterior).

La urbe es el lugar de la repetición; la más grande de las perversiones es por definición repetible y extensible a cada uno de los ciudadanos, motivo por el cual cada uno de ellos tiene razones para temer a los demás. Todo

es realizable en la ciudad, menos las virtudes públicas clásicas, menos una acción común, menos darle un sentido político-moral a esa comunidad de fronteras espaciales correspondientes a la imagen del espacio urbano, menos que el perverso pueda mentenerse en situación de singularidad total y ser uno sólo. ¿Pero acaso tenemos el derecho de exigirle a esa urbe la realización de virtudes que son propias de la polis, es decir, de una forma de comunidad que posee rasgos que en muchos aspectos son políticos? No podemos dar una respuesta acabada aquí, para ello se requeriría una revisión de la teoría democrática desde sus fundadores hasta la actualidad. Con todo, cabe la duda de si la unidad moral de la polis griega es realizada hoy en día por el Estado nacional, pues más bien parece que al modificarse el tamaño de la comunidad, también cambie su esencia, o al menos que algunas de sus virtudes fundamentales desaparezcan. De este modo, la polis griega y toda polis que conserve un tamaño pequeño no sólo es política, sino que es política de una forma en que no pueden llegar a ser ni el Estado ni la gran ciudad modernas.

Bachelard, al tratar la imagen del espacio feliz, recuerda que el invierno refuerza la felicidad de habitar ciertas casas. Las casas que resisten los temporales, por ejemplo, contribuyen a constituir la imagen de fortaleza moral de su dueño²¹. Sin embargo, es de destacar que en la imagen de la urbe no aparecen fenómenos morales ligados a la meteorología. La urbe, más que hecha para resistir temporales, ha sido construida para negar su existencia y efecto, para que no se sepa de ellos. Si la vivienda que resiste el temporal hace del invierno una estación feliz, se debe a que previamente existe la situación de intimidad protegida, que el rigor dimático hace más intensa. En la urbe, en cambio, los hombres nunca son medidos por los elementos, los que sólo aparecen, como ladrones, para hacer que existan desgracias²², en las cua-

les el concepto de medición moral se esfuma para dar lugar a la fatalidad propia de la ausencia de destino. Esta fatalidad refuerza el sentido de impotencia con que se experimenta la libertad de cada uno de los ciudadanos. Los meteoros y sus efectos quedan así prácticamente fuera de la imagen de la gran urbe; en la imagen de la gran urbe nunca hay meteoros porque no hay imagen de urbe sin una suerte de microclima que distancia al ser humano de la meteorología.

Designación de los espacios de cobijo como resultado marginal o incluso como fracaso de las políticas de planificación, protección e *iteración* de lo perverso, que siempre puede aparecer en la esquina más cercana y, sobre todo, el descubrimiento de la libertad como imposibilidad de darle un destino a la urbe, son constitutivos esenciales de la imagen de ciudad como espacio infeliz. Este último hecho obliga a hacer de la angustia uno de los componentes característicos de la imagen del espacio infeliz al que se llama urbe, al mismo tiempo que permite caracterizar un tipo especial de angustia que designamos como angustia urbana. Por ello, nos parece que toda descripción *eidética* de la imagen de la urbe debiera incluir una imagen de angustia, diferente quizás de otras formas de angustia, pero tal vez suelo ignorado de las descripciones de angustia hecha por la filosofía existencial. ¿Significa eso que la imagen de ciudad tenga que ser una imagen de espacio infeliz? No necesariamente. La recuperación de la filosofía clásica por algunos filósofos contemporáneos y la constitución de imágenes del espacio como comunidad, permiten revalorizar la ciudad frente a la urbe y fundar en aquella la imagen de ésta.

Hay que insistir en que el espacio de la ciudad como comunidad es hoy una “simple imagen” de algo pasado, más fruto de una especie de arqueología urbano-imaginaria que una realidad vivida, como lo fue en la antigüe-

dad clásica, al menos por aquel segmento de población que no era ni esclavo ni extranjero. La filosofía es sólo una de las disciplinas constituyentes de la imagen de ciudad y hay que reconocer que otros creadores de imagen, como el cine y la literatura, muchas veces han contribuido a recrearla como imagen del espacio infeliz. Con todo, no atribuyamos a los creadores profesionales de imágenes el hecho de que la urbe sea uno de los arquetipos de la imagen del espacio infeliz. Si la imagen de urbe se ha poblado de pesar, es porque muchos de sus habitantes se la representan de ese modo, de forma que la ciudad vive en ellos con esas características. Por eso mismo hay que rescatar la poética del espacio de Bachelard, pues, como decía él, la función irreal de la imagen feliz viene a seducir, inquietar o despertar aquello que ya es, pero no en el sentido de la catástrofe, sino justamente en el de la felicidad. No sería posible ni siquiera concebir la idea de espacio infeliz si no se tuviera la contraparte lógica constituida por la imagen del espacio feliz provista por una filosofía de inspiración aristotélica, la literatura y los análisis de Bachelard. Para que el espacio infeliz sea pensable y nombrable como tal, es necesario concebir aquello que lo niega, de lo contrario aparecerá como simple espacio. Corresponde entonces a alguien que venga después de nosotros, que hemos esbozado la imagen del espacio infeliz, detectar qué aspectos de la imagen de la urbe pueden ser comprendidos bajo el modelo de la polis, buscando sus elementos esenciales de felicidad y realizando aquello que Bachelard no vislumbró: la integración de la imagen del espacio doméstico feliz con el espacio común, colectivo y libre.

Notas

- 1 Profesor de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, doctor en Filosofía y escritor. Into. de Filosofía/Univ. Austral-/Casilla 567/Valdivia/Chile 1 fax: (56-63) 218 510.
- 2 De ser así, habría que examinar la relación entre concepciones de la angustia como la de Heidegger o de Sartre y la ciudad, tema que, sin embargo, dejamos para otra oportunidad.
- 3 No siendo helenista, agradeceré las precisiones que los lectores puedan hacer a mi descripción del significado de polis en la Política de Aristóteles.
- 4 Aristóteles, Política, 1252, b; in *Obras*, Ed. Aguilar, Madrid 1973.
- 5 Vitoria, Francisco de; “De Los Indios Recién Descubiertos”, # 858, en *Escritos Políticos*, Ed. Depalma, Buenos Aires 1967.
- 6 Quien se inspira en el estagirita, pero no en su teoría de la desigualdad natural.
- 7 Todos los textos de Bachelard han sido traducidos por nosotros. El original dice: “Il faudra bien nous accorder que l’image poétique est sous le signe d’un être nouveau. Cet être nouveau, c’est l’homme heureux. Heureux en parole, donc malheureux en fait, objectera tout de suite le psychanalyste [...] le psychanalyste quitte l’étude de l’image; uil creuse l’histoire d’un homme; il voit, il montre les souffrances secrètes du poète. Il explique la fleur por l’engrais”. Bachelard, Gaston; *La Poétique de l’espace*; Presses universitaires de France, Paris 1964. Nosotros traducimos.
- 8 “Elle ouvre sur l’avenir. A la *fonction du réel* instruite par le passé [...] il faut ajouter *une fonction d’iréel* tout aussi positive”. Bachelard, *ibid*, p. 16.
- 9 “des images bien simples, les images de l’espace heureux [...] Elles visent à déterminer la valeur humaine des espaces de possession, des espace dégendus contre des forces adverses, des espaces aimés [...] L’espace saisi par l’imagination ne peut rester l’espace indifférent lité à la mesure et à la réflexion du géomètre. Il est vécu “. Bachelard, *ibid*, p 17.

- 10 “La maison capitalise ses victoires contre l’ouragan”, Bachelard, *op. cit.*, p. 55.
- 11 “La maison prend les énergies physiques et morales d’un corps humain. Bachelard, *op. cit.*, p. 57.
- 12 Ed. Espasa-Calpa, Madrid 1980.
- 13 El espacio y la imagen del espacio nunca son puramente materiales para el ser humano. Debo algunas de las reflexiones sobre la falta de integración del espacio feliz bachelardiano al espacio público al profesor Humberto Giannini.
- 14 El lector habrá notado que por ciudad entendemos a la vez urbe y polis.
- 15 Sobre las consecuencias en la constitución de la voluntad política de este hecho véase nuestro artículo *La encuesta de opinión como método para destruir la opinión pública (o de la tradición democrática revisitada)*, traducido y publicado en gallego en Revista GRIAL, Nº 129, marzo 1996, Vigo, España. La definición de la serialidad que usamos aquí se apoya en la que Sartre usa en la *Critique de la raison dialectique*, vol I, *Les collectifs*, Paris 1980.
- 16 Arquitecto chileno contemporáneo, Premio Nacional de Arquitectura.
- 17 Todas las células de una planta contribuyen a que ésta viva y cumpla un ciclo, pero no se puede decir que la planta se haya propuesto realizar propósito alguno ni respecto de sí ni de los otros vegetales, ni tampoco que haya “propó” la naturaleza.
- 18 Fundación de ciudades coloniales, creación de “pueblos de indios” durante el siglo XVI, etc.
- 19 Sartre, Jean-Paul; *L’être et le néant*; Introduction. Gallimard, collection TEL, Paris 1980.
- 20 Política, *op. cit.*, libro VII, capítulo 3.
- 21 Bachelard, Gaston; *ibid*, p. 52.
- 22 Damnificados se les llama en Chile.

Comunicación, vida cotidiana e identidades urbanas en San Luis Potosí, en tiempos de globalización

Haydeé García Bravo¹

Pequeña Introducción

En un primer momento haré un recorrido por algunos conceptos que considero claves en mi proyecto de investigación: la ciudad y la identidad. Este recorrido puede pensarse más antropológico que comunicológico, sin embargo, es necesario para, posteriormente, establecer la crisis, la ruptura paradigmática, la irrupción de las nuevas tecnologías

Algunos conceptos clave

Las identidades, o los caminos de la diferencia

Hablar de comunicación e identidad tiene algunas implicaciones de orden teórico, la identidad es un concepto formulado desde la antropología y la psicología y retomado por todas las ciencias sociales. Frente a la complejización de los objetos de estudio, una sola ciencia no puede dar cuenta de la totalidad, así que hay que construir redes cognitivas inter y transdisciplinarias para poder comprender la realidad social. Hagamos pues el recorrido por los caminos de la identidad que son también los caminos de la diferencia:

De manera sencilla, la identidad es la pertenencia a una comunidad, pero ¿cómo se representa esa pertenencia, con qué elementos y cómo se construye una comu-

nidad identitaria? Estas preguntas remiten a la subjetividad, al imaginario social y al mundo de lo simbólico.

“Los procesos conformadores de la identidad están hechos de las negociaciones de las expectativas, del planteamiento de ciertas interrogantes, de la evaluación crítica, de la concepción de un futuro posible”. (Díaz Cruz, 1994).

La identidad es concebida como dimensión subjetiva de los sujetos sociales, no es un atributo o propiedad del sujeto en sí mismo, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. La identidad, dice Gilberto Giménez (1993), es un sistema de relaciones y de representaciones, sin embargo, la identidad no es algo esencial e inmutable, es un proceso activo y complejo, resultante de conflictos, de negociaciones. “De ahí su plasticidad, su capacidad de variación, de reacomodamiento y de modulación interna. Las identidades emergen y varían con el tiempo, son instrumentalizables y negociables, se retraen o se expanden... y a veces resucitan”. (Las cursivas son mías).

Considero que estas características de la identidad remiten al ámbito del poder. De la lucha por lograr la hegemonía identitaria, es decir, por homogeneizar, por ubicar a los sujetos, por asignarles/designarles un lugar, por delimitar una situación y aquí se intersectan el papel de los medios, las ideologías y el proceso de construcción de las identidades.

La identidad es una actitud colectiva, una cualidad, orientación cognitiva y afectiva bajo un cierto sistema de valores culturalmente compartido.

La identidad es también sede de la competencia discursiva (“uno habla como quien es y desde donde se sitúa”). La identidad individual y la identidad colectiva es una distinción analítica, la identidad individual es el resultado de las múltiples pertenencias a las identidades colectivas. Toda identidad individual es multidimensio-

nal. Y hoy cada vez más esto es palpable. No sólo actuamos papeles y cumplimos roles sino que también pertenecemos a diversos públicos, a grupos de consumo, a redes cibernéticas.

Siempre la identidad trae consigo el problema del reconocimiento, es un proceso de percepción-acción con base en un proceso de construcción de un “nosotros” frente a “los otros”.

Las identidades, porque ya no podemos hablar de una única y estática, las comprendo como procesos dinámicos e históricos, en el que se negocian los significados que dan sentido a la práctica, que van construyendo las relaciones sociales en un determinado espacio y estas dinámicas están necesariamente mediadas por las relaciones de poder. La identidad remite a un territorio geográfico o a una construcción espacio-temporal no geográfica (comunidades imaginarias e imaginadas).

El estudio de la identidad, siguiendo a Guadalupe Valencia tiene implicaciones en el plano epistemológico... “se trata de concebir la identidad como parte de la problemática de los sujetos, con un carácter relacional y no esencial, mutable y no dado; que posee eficacia, esto es, que no sólo representa lo real sino que lo transforma. Estamos hablando de una realidad que exige, para su reconstrucción, la consideración del movimiento (como historicidad) y la multidimensionalidad (como la aprehensión y articulación entre las dimensiones constitutivas de lo social), ambos requisitos del análisis concreto”.

*El concepto de ciudad: una construcción
antrocomunicológica*

“...una ciudad corazón, una ciudad memoria, una ciudad infamia.”

Julio Cortázar

“Escenarios urbanos entendidos como “lugares” de constitución de lo simbólico y puesta en escena de la ritualidad ciudadana, producción y recreación de una cultura en la que participan los grupos y los individuos como “actores” mediante su actividad de selección y reconocimiento”

Jesús Martín-Barbero

Para desarrollar nuestro proyecto es necesario construir a la ciudad como objeto de estudio. Y esto implica varias cuestiones: la primera tiene que ver con su definición teórica y su relación con otras categorías que la definen y determinan. (Una de ellas es cultura urbana).

Hay una serie de elementos que, geopolítica y administrativamente, determinan lo que se entiende por ciudad: Número de habitantes, grado de urbanización, desarrollo de los sectores económicos, desarrollo industrial, etcétera.

En la comunicación y en la antropología, la ciudad también es concebida como comunidad imaginaria, construcción de representaciones vividas en un espacio, “hay que entender la ciudad como un espacio generado pero también generador de estilos de vida” (Safa, 1993) y como “una gran red de comunicación que interpela a los sujetos de diversas maneras” (Reguillo, 1995)

Anteriormente mencioné un concepto clave para la definición de ciudad, éste es el de cultura urbana, la cual para Eduardo Nivón (1994) implica:

1. Que la ciudad es el espacio privilegiado de la modernidad, aunque también de la “sobremodernidad”, diría Auge².

2. Que los habitantes de la ciudad han desarrollado una serie de instituciones con un principio de identificación social: la ciudadanía. Es importante mencionar que la ciudadanía, la mayoría de las veces, se relaciona con la política. Se vuelve necesario estudiar cómo se viven diferenciadamente la ciudadanía y los procesos políticos³.

3. Que hay un vínculo entre el individuo y las instituciones. Un sistema de prácticas unificadas en las que los medios son fundamentales (cultura de masas).

Como lo señala García Canclini (1995): “los estudios urbanos reconocen ahora como el agente económico más dinámico no a la industrialización sino a los procesos informacionales (mediáticos y tecnológicos)”.

Retomo aquí el trabajo sobre imaginarios urbanos de Armando Silva (1992) porque es una propuesta interesante donde plantea estudiar la ciudad como lugar del acontecimiento cultural y como escenario de lo imaginario. “Una ciudad, desde el punto de vista de la construcción imaginaria de lo que representa, debe responder, al menos, por unas condiciones físicas naturales y físicas construidas; por unos usos sociales; por unas modalidades de expresión; por un tipo especial de ciudadanos en relación con las de otros contextos, nacionales, continentales o internacionales; una ciudad hace una mentalidad urbana que le es propia”.

Lo urbano de la ciudad se construye, “en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico: sus escrituras y representaciones. Y las representaciones que se hagan de la urbe, de la misma manera, afectan y guían su uso social y modifican la concepción del espacio”.

Es importante preguntarnos:

¿Cómo se vive la mentalidad urbana potosina?
¿Cuáles son las metáforas colectivas de la identidad en San Luis Potosí? ¿Cómo narrar linealmente la ciudad? ¿Cómo hacerlo cuando en ella convergen voces y tiempos distintos? Una ciudad es una estructura polífona en la que existen diversos signos y símbolos y muchas maneras de leerlos, de interpretarlos. Sin embargo, se construyen referentes colectivos. La ciudad es un lugar de construcción simbólica, pero hay lugares y o “centros” que parecen concentrar esos símbolos. En San Luis, la Plaza de los Fundadores y la Plaza de Armas se han constituido en los centros recurrentes de la política, la primera porque al ser una explanada era el lugar de las grandes manifestaciones y la segunda porque ahí se encuentran no sólo el palacio municipal sino también el palacio de Gobierno, el Congreso del Estado y la Catedral. Es decir, se constituye en un lugar de alta densidad simbólica, en cuanto que contiene los poderes (político, eclesiástico, y económico) y se cree encontrar en estos escenarios las soluciones a los problemas urbanos. El centro forma parte también de la oferta artístico-cultural más importante de la ciudad. Ahí se concentran los museos, el Instituto de Cultura, el Teatro de la Paz, etc.

Conforme se avanza hacia la periferia la potosinidad en cuanto tal se desdibuja, pierde dimensión porque las características urbanas son muy semejantes a las de otras ciudades: colonias marginadas, con muchas carencias en cuanto a servicios, aunque no se deja de tener cierta relación con el centro o con los centros pues cada vez más la ciudad se vuelve policéntrica, sin por ello perder su especificidad.

Hay lugares que mapean nuestra experiencia y tienen que ver no sólo con lo pragmático sino con una cos-

mología, con una configuración intersubjetiva. Así podemos hablar de que la avenida Carranza, (una de las avenidas principales de San Luis, no sólo porque conecta el centro histórico de la ciudad directamente con la zona de Las Lomas y la zona universitaria, sino porque en ella se encuentran lugares nocturnos de diversión, tiendas de artículos importados, el jardín de Tequis, bancos y varios de los edificios comerciales más importantes de la ciudad) los domingos por la noche tiene un sentido de encuentro, y por supuesto, es un lugar de *ligue*. El *carrancear* puede caracterizarse como una práctica ritual, de cortejo e identidad.

Hay espacios que se resignifican. En San Luis Potosí, la plaza del Carmen, por ejemplo, otrora símbolo de capital artístico y testigo de acontecimientos históricos tiene hoy un nuevo sentido como lugar de reunión de jóvenes rockeros, generalmente de clase media y baja, que visten de negro y que a pesar de que viven lejos de este punto se concentran en él para escuchar música y encontrarse con otros que comparten sus gustos e intereses.

Los usos sociales se diversifican, son múltiples y variados pero se unifican frente a lo otro. Ese otro extranjero, extraño. ¿Qué ofrece San Luis Potosí al visitante que llega por primera vez? Las postales, los recuerdos turísticos y los lugares que se recomiendan, guardan relación estrecha con lo tradicional. En este sentido podemos decir que se retratan y “ofrecen” los lugares históricos y lo potosino típicamente colonial: el Teatro de la Paz, el museo de la Máscara y la iglesia del Carmen. La Caja del Agua (construcción que se encuentra en la Calzada de Guadalupe, camino que va al Santuario de Guadalupe y antiguo paseo dominical, además de ser el símbolo del municipio).

Los lugares son resemantizados y en ellos se vive una lucha por obtener capital simbólico. Un lugar que pue-

de decir mucho de la potosinidad es La Lonja, club (por lo que se requiere membresía para entrar) que cuenta con restaurante, bar (exclusivo para hombres, por ninguna razón puede entrar una mujer) y un salón, en el cual se llevan a cabo las fiestas de los políticos y algunos empresarios. A la Lonja no puede entrar cualquier potosino, sino aquel que comparte ciertos valores y prácticas. No es sólo el dinero (hay quienes van y ya no lo tienen) sino también el ser conocido y reconocido dentro del grupo, el apellido, la familia, la tradición.

En las ciudades ya no podemos hablar de las dicotomías tradición/modernidad y lo público/lo privado, en la ciudad estas tendencias y su gama se empalman, se trastocan. Se torna necesario hacer la crónica del imaginario urbano y cómo ese imaginario se despliega en múltiples sentidos y prácticas.

La ciudad es un espacio físico, un espacio social y un espacio histórico. Jorge González señala que la ciudad y todo su desarrollo y distribución de sus equipamientos culturales pueden ubicarse como “resultado de luchas históricas permanentes entre actores sociales con posiciones, intereses, valores y proyectos antagonistas en pugna por la definición de lo que Castells llama ‘el significado urbano’”. Menciona que hay que ver a las ciudades como centros neurálgicos de las inequidades del mercado, de las desigualdades del poder y de los desníveis culturales. Lo anterior nos permite entrar a un cruce: la ciudad y el poder. ¿Cómo se vive el poder en la ciudad? ¿Es distinto de como se vive en una comunidad rural? La ciudad es un territorio social e históricamente construido, pero que al mismo tiempo construye, propicia o impide, genera o limita la vida de sus habitantes. Vivir en determinado lugar no es ajeno a la manera como se usa el tiempo libre, se educa a los hijos, se construyen las expectativas y los deseos, se satisfacen

las necesidades, se disfruta o sufre, y se da sentido a la vida. (Safa, 1993).

Es necesario mencionar que hay una tipología de las ciudades de acuerdo con su número de habitantes y su extensión: metrópolis, ciudades medias y ciudades pequeñas. El concepto de ciudades medias tiene más una naturaleza descriptiva que analítica. Entendemos por ciudad media al “conjunto de procesos sociales, económicos, políticos y culturales que son específicos de las ciudades que, sin ser pequeñas comunidades, tampoco son grandes metrópolis”. Son espacios urbanos que adquieren debido a lo anterior una significación propia. (Estrada, *et al*). Generalmente las ciudades medias son capitales de Estados (como San Luis Potosí) y tienen por lo mismo un peso político, económico y administrativo particular.

El reto de la antropología y de la comunicación es cómo dar cuenta de la ciudad en tanto que totalidad compleja y múltiple.

He hablado de la ciudad como un espacio simbólico, como un lugar donde se despliegan representaciones acerca de lo que es lo urbano y de lo que debiera ser. En la ciudad se pone en acción la identidad. Se materializa en actitudes colectivas, en cualidades, en símbolos que operan dentro de un sistema de valores compartido. Por ende no todas las ciudades son iguales, hay cosas que las caracterizan y las hacen diferentes. Estas diferencias son dadas por la ubicación geográfica, por el clima, por su historia, así como por la forma contemporánea de vivir en ella, y también, por supuesto, por la forma de pensarla, de imaginarla.

“Lo que hace diferente a una ciudad de otra no es tanto su capacidad arquitectónica, (...) cuanto más bien los símbolos que sobre ella construyen sus propios moradores. Y el símbolo cambia como cambian las

fantasías que una colectividad despliega para hacer suya la urbanización de una ciudad”. (Silva, 1992).

Siguiendo a Silva podemos hablar de que a cada ciudad corresponde una mentalidad y un estilo de vida; en ese sentido, aquí abordaremos la potosinidad. Es decir, la forma cultural que nos señala cómo se vive (en) la ciudad de San Luis Potosí.

El ser potosino de la capital, en un primer momento, es identificarse con canciones, comidas, fiestas, formas de sentir, es una forma de tratar y ver lo público y lo privado, es reconocerse con quienes se comparte lo anterior por oposición a otros, como los regios, los jarocho, y hasta los huastecos.

Sin embargo, no podemos olvidar que hay muchas formas de ser potosino. Estas formas de vivir la ciudad están mediadas por el lugar social que ocupe el sujeto, por el sexo, por la edad, etcétera.

Frente a esto hay un discurso que puede llamarse del deber ser. Un deber ser mediado por un proceso ideológico; aquí echamos mano de los conceptos propuestos por Claudio Lomnitz (1995) para dar cuenta de este proceso. La *potosinidad* tiene una base histórica, es parte de un proceso identitario no exento de conflictos:

La cultura de relaciones sociales es el campo simbólico en el que se establecen objetivamente las relaciones de poder entre culturas íntimas, es decir, es el campo en el que se da la negociación de significados entre culturas íntimas⁴. Esto puede verse claramente en la organización de las fiestas religiosas, las cuales se viven de manera diferenciada, con sentidos distintos y sin embargo en conjunto representan una parte de la potosinidad y así se “vende” a los visitantes.

Para que pueda darse la negociación de significados sin que la ruptura cultural sea tan grande como para de-

sintegrar una identidad es necesario llegar a formar consenso en torno a los signos y símbolos urbanos y este consenso se logra cada vez más en los medios de comunicación, imponiendo lo que Lomnitz llama ideología localista (“conjuntos de elementos que se sintetizan, sistematizan u ordenan de diferentes maneras y que se relacionan con los intereses de un grupo o de una clase”). La imposición a la que hacemos referencia tiene que ver más con sanciones socio-morales que con alguna acción de represión física, aunque esta última no se descarta.

Si se mantiene el consenso a través del tiempo estamos hablando de hegemonía, de una configuración cultural que conlleva la construcción de ideologías institucionales, mediadoras entre los intereses de las diversas élites.

Se retoman y resemantizan elementos de las distintas formas de ser potosino para entretejer una imagen con la que haya identificación, una representación identitaria. La potosinidad es pues un discurso que da cuenta de expresiones, de prácticas en espacios simbolizados y ritualizados.

Los centros comerciales, por ejemplo, son apropiados como espacios de encuentro, se tornan en “vitriñas” donde generalmente los jóvenes van a “mostrarse”. El ir a la plaza comercial que está de moda representa, todavía hoy, un rasgo de distinción. El ser potosino se construye en la cotidianidad, hay hábitos que constituyen la potosinidad.

Tiene una parte positiva y una negativa, como toda identidad, en ocasiones se relaciona con el atraso, con el estancamiento por las pugnas políticas, con la frase y la doble moral o hipocresía y en otras se exalta la educación, las buenas costumbres y la tolerancia política.

La *potosinidad* tiene que ver con el consumo del tiempo y el espacio en San Luis Potosí con el ritmo de la ciudad, un ritmo asociado con el tiempo de “la provin-

cia”, del centro de la República, un ritmo que comparte con Zacatecas, Guanajuato, Aguascalientes y un poco menos con Querétaro.

Aun así, el ser potosino es una identidad que se construye frente a los otros estados de la República y frente a la nación entera. Corresponde a un ethos, a un estilo o tono cultural, a unas prácticas específicas que caracterizan a San Luis Potosí como ciudad.

Intersección: tecnologías, medios e identidades

En estos tiempos de globalización las identidades se están reconfigurando, se resignifican en distintas dimensiones. Se pueden observar dos grandes tendencias:

- 1.- Aquella por la cual se desintegran las identidades construidas desde poderes autoritarios, y resurgen identidades fundamentalistas que enfatizan las diferencias. (Lógica de la diferencia), y
- 2.- La “famosa” tendencia a la masificación, desterritorialización, estandarización de las prácticas, de los usos, de las identidades. (Lógica de la integración). Aunque podemos dar cuenta de dinámicas intermedias, donde también se están construyendo identidades diferentes. Como ejemplo están las llamadas culturas de frontera y/o las culturas híbridas. (García Canclini, 1989).

La vida cotidiana se ha vuelto una serie de tiempos y espacios diversos y complejos. Como importantes mediadores en este proceso están los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. Hoy, cultura y tecnología van de la mano.

La era de la globalización está marcada por la tecnología en la vida cotidiana, por la desestructuración del antiguo orden.

En los medios de comunicación, las identidades son metaforizadas, materializadas, objetivadas. En tanto que mediaciones construyen, reconstruyen, fragmentan las identidades.

Hoy, los medios se han vuelto la arena donde se negocian los significados. La división entre lo público y lo privado está continuamente resemantizándose, (¿qué pasa cuando tenemos la guerra de Bosnia en el centro de nuestra sala o en la intimidad de la recámara? Es una paradójica sensación de cercanía lejana). Cada vez más lo que pasa en la televisión mapea nuestra experiencia, muchas de las pláticas cotidianas giran en torno de los relatos televisivos.

En este contexto me parece de suma importancia traer a un autor que propone una serie de conceptos que apuntan hacia lo emotivo, las sensaciones y nos extrae del paradigma político y económico para apuntar hacia un paradigma ético y estético: Michel Maffesoli.

Maffesoli “construye una galaxia -quizá nebulosa- de miniconceptos: comunidad emocional, potencia subterránea, socialidad, tribalismo, policulturalismo, proxemia” (prol. de J. Ibáñez).

Nos invita a pasear por los vericuetos de las atmósferas o ambientes afectuales, a mirar por el caleidoscopio difractado al infinito que son las sociedades actuales. Entre la masa y el individuo, la tribu, como grupo con una sensibilidad colectiva, como grupos de composición cambiante, efímeros, donde la comunicación toma el papel principal porque constituye las redes, esas redes que se multiplican con el apoyo de la proxemia. Sensibilidad vivida en común. Es estudiar la cotidianidad como, escribiera Walter Benjamin, lo “concreto más extremo”.

Lo anterior nos orilla a dejar de pensar en polaridades y a abrirnos a pensar rizomáticamente.

Sin embargo hay que tener cuidado con la superficialidad. Intentemos conocer la superficie para llegar a lo profundo, donde la dimensión emocional es fundamental. Donde esa dimensión emocional da paso a la socialidad, es decir, lo lúdico de la socialización. Eso lúdico que siempre está presente y que muchas veces negamos por inasible, por cambiante, por múltiple.

Es la calidad de los intercambios lo que nos interesa, los momentos del encuentro, el aquí y el ahora. Ese aquí y ahora que los medios materializan.

Es estudiar el cotorreo intrascendente, trivial, el comensalismo, la proximidad, comunidad, promiscuidad.

Para Maffesoli, la comunidad agota su energía en su propia creación y genera un círculo energético en su recreación.

Apunta hacia atender las expresiones vanguardistas de una socialidad que ya se está viviendo. Y que aún nos cuesta comprender.

Otro concepto para pensar la globalización y el poder es el de potencia subterránea: esa manera de vivir que resiste los poderes, construyendo pequeños poderes alternativos, en la lucha por vivir: *empowerment*.

Las nuevas tecnologías han puesto en crisis las formas de ver el mundo, su apropiación ha dado como resultado, entre otras cosas, nuevos dispositivos culturales, nuevas formas de percibir, sentir y pensar las relaciones sociales, pero sobre todo nuevas formas de vivir el tiempo y el espacio.

Si hoy estamos aquí hablando de esto, y construyendo una tribu, va pues la apuesta por ver la incertidumbre como construcción de redes plurales, tolerantes, afectuales, cognitivas, donde se reflexione sobre el nuevo orden mundial y se genere una nueva socialidad.

Notas

- 1 Técnica académica en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. Actualmente cursa el 2o. semestre de la maestría en Antropología en la ENAH.
- 2 La sobremodernidad entendida como saturación de imágenes, de tiempos, de espacios.
- 3 Hablar de ciudadanía y de política son temas que por cuestiones de espacio no abordaré aquí.
- 4 Entendidas como el “conjunto de las manifestaciones reales, regionalmente diferenciadas, de la cultura de clase”.

Bibliografía

- AGUADO, José Carlos y María Ana PORTAL
“Tiempo, espacio e identidad social”, en *Alteridades*.
UAM-I. Año 1, Núm. 2, México, 1991.
- ALTERIDADES
“Identidad” Año 1, Número 2. UAM-I. 1991.
- AUGÉ, Marc
Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.
- BERIAIN, Josexto
Representaciones colectivas y proyecto de modernidad. Editorial Anthropos, Barcelona, 1990.
- BOURDIEU, Pierre
La distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Taurus Humanidades. Madrid, 1988.
-
- “Los tres estados del capital cultural” en *Revista Sociológica. Explorando en la universidad.* Año 2, número 5, otoño 1987, UAM-A, México.
-
- El sentido práctico.* Taurus Humanidades, Madrid, 1991.
-
- Sociología y cultura.* Editorial Grijalbo, México, 1990.

DÍAZ CRUZ, Rodrigo

“Experiencias de la identidad”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*. Núm. 2, UNED/UAM-I, Madrid, 1993.

ESTRADA, Margarita, Raúl NIETO, Eduardo NIVÓN y Mariángela RODRÍGUEZ (comp.)

Antropología y ciudad. CIESAS y UAM-I, México, 1993.

FARFÁN H. Rafael

“La teoría crítica: ayer y hoy”. *Sociológica*. Número 20, Septiembre-diciembre. UAM-Azcapotzalco, México, 1992.

FOUCAULT, Michel

Microfísica del poder. Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1979.

GALINDO CÁCERES, Jesús

“En la voz y la garganta del futuro. Comunicaciones, culturas y movimientos emergentes”. *Revista Comunicación y Sociedad*, núm. 9, mayo-agosto, 1990 (a).

“Esto no cambia hasta que cambia”. *Revista Umbral XXI*, UIA, México, 1990 (b).

La mirada en el centro. ITESO, México, 1990 (c).

“Vía pública, vida pública”. *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Volumen IV, número 13 y 14. Programa Cultura, Universidad de Colima, México, 1992.

“El fuego y la espada”. *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Volumen V, número 15. Programa Cultura, Universidad de Colima, México, 1993.

Cultura mexicana en los ochenta. Apuntes de metodología y análisis. Universidad de Colima, México, 1994.

GALINDO CÁCERES, Jesús y Luna CARLOS

El campo académico de la comunicación. Hacia una reconstrucción reflexiva. ITESO-CNCA, México, 1994.

GARCÍA CANCLINI, Néstor

Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. CNCA/Grijalbo, México, 1989.

Las culturas populares en el capitalismo. Nueva Imagen. México, 1982.

El consumo cultural en México. CNCA, 1990.

Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización. Grijalbo, México, 1995.

GIMÉNEZ, Gilberto

“Apuntes para una teoría de la identidad nacional”. *Sociológica*, año 8, Núm. 21, enero-abril de 1993.

Hacia una concepción semiótica de la cultura. ITESO, Guadalajara, 1984.

La teoría y el análisis de la cultura. SEP/COMECOSO/Universidad de Guadalajara. México, 1987.

“La identidad social o el retorno del sujeto en sociología”, en *Vereda*. UAM-X, México, 1993.

Territorio y Cultura. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM, 1996, Mimeo.

GIMÉNEZ, Gilberto y POZAS, Ricardo

Modernización e identidades sociales. Coedición UNAM e Instituto Francés de América Latina, 1994.

GONZÁLEZ, Jorge A.

“Coordenadas del imaginario: protocolo para el uso de las cartografías culturales” en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Epoca II, Volumen I, No. 2, Diciembre-1995, Universidad de Colima.

GONZÁLEZ, Jorge A. y Jesús GALINDO CÁCERES (coord.)
Metodología y Cultura. CNCA. México, 1994.

GRIMES, Ronald

Símbolo y conquista: rituales y teatro en Santa Fé, Nuevo México. FCE, México, 1981.

LOMNITZ, Claudio

Las salidas del laberinto. Joaquín Mortiz. México, 1995.

- MAFFESOLI, Michel
El tiempo de las tribus. Icaria, Barcelona, 1990.
-
- El conocimiento ordinario*. FCE, México, 1993.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús
De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía. Editorial Gustavo Gili, México, 1987.
- NIVÓN, Eduardo
Cultura urbana y movimientos sociales. Tesis de Maestría, ENAH, México, 1994.
- REGUILLO, Rossana
“De mapas y navegantes: comunicación y vida cotidiana”.
Revista Umbral XXI, UIA, México, 1990.
- SILVA, Armando
Imaginario Urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina. Tercer Mundo Editores. 2a. edición. Bogotá, 1992.
- TEJERA GAONA, Héctor
“La identidad cultural y el análisis regional” en *Nueva Antropología*, Vol. XII, No. 41, México, 1992.
- THOMPSON, John B.
Ideología y Cultura moderna, UAM-X, México, 1990.
- VALENCIA, Guadalupe
Comentario al primer tema del curso de Gilberto Giménez. FCPyS, UNAM, México, 1995. Mimeo.

Títulos publicados en esta colección

- **Para entender el concepto de género**
Martha Lamas, Vania Salles, Rodolfo Tuirán, Fernando Flores
- **Desde su propia palabra**
Giulio Girardi
- **Las fronteras del cuerpo**
Arturo Rico Bovio
- **Postmodernidad**
José E. Juncosa (Editor)
- **Mujeres, poder e identidad**
Soledad Dueñas, Carmen Gangotena, Mónica Garcés
- **Contextos y balances de la teología de la liberación**
E. Dussel, J. L. Martínez, R. Flores, E. Lara, J. Tonello, P. Morales, L. Rodríguez
- **Teología feminista latinoamericana**
Ma. Pilar Aquino y Elsa Támez
- **Una minga por la vida**
M. Chiriboga, M. Lluco, L. Martínez, R. Flores, E. Lara, J. Tonello, P. Morales, L. Rodríguez
- **Apuntes sobre fútbol**
Kintto Lucas
- **Semiótica para principiantes**
Daniel Chandler
- **Es un monstruo grande y pisa fuerte. La minería en el Ecuador y el mundo. Defensa y conservación ecológica de Intag (DECOIN)**
Mary Ellen Fieweger
- **El pentecostalismo en América Latina**
Angelina Pollak-Eltz y Yolanda Salas
- **Códigos subterráneos**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **El Chamanismo a revisión**
Josep Ma. Ferigla

- **Buscando raíces. Don Quijote y Simón Bolívar**
José Yáñez del Pozo
- **Análisis del discurso social y político**
Teun A. Van Dijk e Iván Rodrigo M.
- **El hilo del discurso. Ensayos de análisis conversacional**
Ana María Vígara Tauste
- **Conectores contextuales en el discurso**
Joaquín Garrido
- **El placer de la representación**
María Angela Cifuentes
- **Género y desarrollo sostenible**
Ana María Brasileiro (Editora)
- **Desarrollo rural y pueblos indígenas amazónicos**
Jürg Gasche
- **Mujeres e imaginarios. Quito en los inicios de la modernidad**
Ana María Goetschel
- **El otro saber. Psicología social, psicoanálisis y cultura**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Comunicación educativa**
Leonela Cucurella (Editora)
- **De cisnes dolientes a mujeres ilustradas**
Lucía Moscoso Cordero
- **Literatura oral. O la literatura de tradición oral**
Gonzalo Espino Relucé
- **Desarrollo sustentable. ¿Realidad o retórica?**
Dossier de la revista de la Universidad de Guadalajara
- **Antropología del ciberespacio**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Pensar lo cotidiano**
Leonela Cucurella (Compiladora)
- **Laberintos urbanos en América Latina**
David Jiménez (Compilador)